

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

«El gran Apóstol del Corazón de Jesús»

Semblanza del padre
Enrique Ramière

Actualidad de Enrique
Ramière

Todo puede ser oración

«La bancarrota del li-
beralismo» y «El cato-
licismo liberal»

«Las esperanzas de la
Iglesia»

«La divinización del
Cristiano»

La realeza de san José

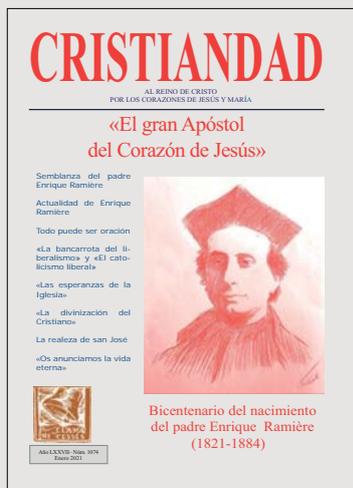
«Os anunciamos la vida
eterna»



Bicentenario del nacimiento
del padre Enrique Ramière
(1821-1884)



Año LXXVII- Núm. 1074
Enero 2021



RAZÓN DEL NÚMERO

03 Ante un nuevo año

ARTÍCULOS

04 Semblanza del padre Enrique Ramière
José Javier Echave-Sustaeta

08 Todo puede ser oración
Javier González Fernández

11 Actualidad de Enrique Ramière
Evaristo Palomar Maldonado

14 Sobre la realeza de Jesucristo:
«Ningún cristiano tiene derecho
para transigir en este punto»
J. G. F.

15 «La bancarrota del liberalismo»
y «El catolicismo liberal». Doctrina
del padre Ramière sobre el liberalismo
Francesc M^a Manresa i Lamarca

18 Las esperanzas de la Iglesia
en el padre Ramière
Javier Pueyo Hnssc

20 La divinización del cristiano.
«Haced nuestro corazón semejante al
vuestro»
José Ignacio Orbe Hnssc

24 El padre Ramière y el Concilio Vaticano I
Gerardo Manresa

SECCIONES

31 **Nuestra patria es el cielo**
Padre Raniero Cantalamessa

35 **Cristiandad hace 75 años**
Ibón Elósegui

38 **Hemos leído**
Aldobrando Vals

40 **Año jubilar josefino**
Raúl Ahrens

42 **Pequeñas lecciones de historia**
Gerardo Manresa

43 **Actualidad religiosa**
Javier González

45 **Actualidad política**
Jorge Soley

CONTRAPORTADA

48 «2021, Año de la familia»
Papa Francisco

Ante un nuevo año

Es una buena costumbre hacer a finales del año un examen de lo realizado durante el año que acaba de finalizar, con el propósito de mejorar y con este objeto, formular los propósitos para el año que comienza. CRISTIANDAD en este número de primeros de año quiere aprovecharlo también para manifestar los suyos, siempre a luz de su propósito fundacional: perseverar en la fidelidad a la vocación recibida expresada en nuestro lema que aparece en cada número de nuestra revista: «Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y María». A este fin está dirigido todo nuestro trabajo con todo el entusiasmo, saber y fervor de que somos capaces.

Durante este nuevo año queremos hacernos eco continuado, en primer lugar, de la proclamación del año 2021 como año josefino que ha hecho el papa Francisco con motivo del 150 aniversario de la proclamación de san José, patrono de la Iglesia universal. Como señala el Papa en su *carta apostólica* este año tiene que ser la ocasión para que «crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución». A todo es manifiesta la profunda crisis que atraviesa el mundo actual; a ella se han sumado las consecuencias fruto de la actual pandemia, y ante tantas dificultades cunde el desánimo y el desconcierto. El ejemplo de San José, en la cotidianidad de una vida puesta al servicio de aquello que Dios nos encomienda, nos muestra cómo se pueden vivir y superar las mayores contrariedades. Solo

con una total confianza puesta en Dios seremos capaces de enfrentarnos con las actuales y difíciles circunstancias que nos ha tocado vivir. También para este año 2021 el Papa ha convocado un nuevo año de la familia que dará comienzo significativamente el 19 de marzo, festi-

Creemos que es de urgente necesidad proclamar la esperanza cristiana en la vida eterna.

vidad de san José. Es una llamada para todas las familias a acercarse a la Sagrada Familia y descubrir, por medio de ella, el lugar tan nuclear que ocupa en la vida cristiana la familia. Como afirmó san Pablo VI en Nazaret: Allí aprendemos «lo que es la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable, lo dulce e insustituible que es su pedagogía; lo fundamental e insuperable de su sociología.» A lo largo del año intentaremos ir glosando la riqueza del magisterio de la Iglesia sobre la familia.

Otro propósito que tenemos para este año está relacionado con algo decisivo en la vida cristiana y que las actuales circunstancias han puesto de manifiesto. Vivimos en un mundo en el que se han desvanecido gran parte de las esperanzas humanas que se habían formulado en tiempos anteriores. La razón última de ello es que se había puesto la esperanza en bienes caducos o inexistentes: las falsas esperanzas explican la desesperanza actual. Por ello, creemos que es de urgente necesidad proclamar la esperanza cristiana en la vida eterna: sin ella el ser humano solo puede intentar evadirse de la realidad de la vida o resignarse a vivir bajo el temor de la muerte.

Finalmente, como podrá comprobar el lector hemos dedicado este número al padre Enrique Ramière con ocasión del bicentenario de su nacimiento. CRISTIANDAD tiene una gran deuda con él, como reconocía el padre Orlandis, nuestro fundador. Todo su apostolado quería ser una continuación de la gran obra apostólica que había llevado a cabo el padre Enrique Ramière, pero es una deuda que quisiéramos compartirla con todos los devotos del Sagrado Corazón de Jesús. Como podrá comprobar el lector, la devoción al Corazón de Jesús tiene un antes y un después en relación con el padre Ramière, a través de múltiples iniciativas, pero especialmente con la revista *El Mensajero de Corazón de Jesús*, se extendió por todo el mundo y fueron numerosísimas las familias, parroquias, congregaciones religiosas, movimientos apostólicos, que pusieron en el centro de su vida cristiana esta devoción gracias a su lectura.

Semblanza del padre Enrique Ramière

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

EL padre Ramón Orlandis, S.J. en *Pensamientos y ocurrencias* se refiere al padre Enrique Ramière como protagonista de una de las tres etapas por las que providencialmente se ha ido desarrollando la devoción al Corazón de Jesús. La primera es la de las revelaciones de Paray-le-Monial a Margarita María de Alacoque y de ésta a Claudio la Colombière, y la segunda, son los escritos y las empresas del padre Ramière, que llevado del Espíritu Santo, no son sino desarrollo de lo que ya en germen se contenía en los escritos de santa Margarita María.

La petición al Padre de *Adveniat Regnum tuum*, fue la idea nuclear y fuerza de su pensamiento, que explayó en *Las esperanzas de la Iglesia* y que puso como lema y razón de su obra: *El Apostolado de la Oración*.

«El santo padre Ramière», como le llamaba el padre Orlandis, pese a ser casi un desconocido hoy en su orden, a los lectores de la revista CRISTIANDAD, nacida del espíritu del Apostolado de la Oración, nos tiene que ser familiar, y que participemos de su carisma se propone esta semblanza.

¿Cómo era el padre Enrique Ramière?

ENRIQUE-María Félix Ramière nació el 10 de julio de 1821 en Castres, en Languedoc, a 77 kms. de Toulouse, quinto hijo de la fervorosa familia cristiana de José Ramière, juez de la Corte Civil, y su esposa Melanie Guy. Fue bautizado al día siguiente de nacer en la iglesia de la Platé. Desde niño, Henri manifestó su deseo de entrar en el sacerdocio, estando en contacto con los profesores de seminario menor de Castres.

Por ley de 1828 los jesuitas no podían enseñar en Francia, y el tono anticlerical imperante en la enseñanza pública, única autorizada, en la Francia de la Res-

tauración, era tal, que Lamennais llegó a espetar al ministro de Instrucción pública: «*vuestros liceos son el vestíbulo del Infierno*». Con la revolución de 1830 este clima se agudizó, y al llegar el joven Enrique a la edad de iniciar sus estudios, en 1832, sus padres le envían al colegio de los jesuitas en Pasajes, (Guipúzcoa, España), donde el 13 de abril de 1833 recibiría su primera Comunión.

Aprendía deprisa y era el primero de la clase, tanto en estudios como en travesuras. Pero al año de su estancia, tras el alzamiento carlista de 1833, el 12 de julio de 1834, por Orden Real fue cerrado el colegio jesuita de Pasajes, y profesores y alumnos al cabo de dos días marchaban a Francia. Sus padres le llevan al colegio también jesuita de Friburgo, en Suiza donde estuvo cuatro cursos, y en junio de 1839, con 18 años, ingresaba en el noviciado jesuita de Aviñón. En 1840 recibía las órdenes menores, y en junio de 1841, pronunciaba sus primeros votos.

En 1842 los jesuitas compraban en Vals-près-le-Puy, los desvencijados restos de un antiguo monasterio de agustinos del que en 1792 fueron exclaustrados, y lo destinaron a «escolasticado» donde preparar religiosos para las misiones francesas en la India y Siria. En el verano de 1844 Enrique Ramière llegaba a Vals

a cursar estudios de teología.

En respuesta a la inquietud del impaciente alumnado revolviendo legajos y archivos para saberlo todo sobre el Oriente al que iban a ser destinados, el Espíritu Santo inspiró a su director espiritual, padre Gautrelet, a que el 3 de diciembre de 1844, fiesta de san Francisco Javier, patrón de las misiones, diera una plática al alumnado, transmitiendo una idea providencial: que fueran misioneros virtuales, ofreciendo ahora sus trabajos y estudios en provecho de los que ya evangelizaban a los infieles. La idea iba a caer como maná en las sedientas almas de sus oyentes, de entre los cua-



Enrique Ramière de niño



Enrique Ramière de joven

les la Providencia había escogido a Enrique Ramière, para que a sus 23 años captara el insospechado alcance de aquel incipiente proyecto, que, vivificado por la devoción al Corazón de Jesús, había sido destinado a extender a toda la Iglesia.

En 1847, a sus 26 años, Enrique Ramière era ordenado sacerdote, y sus superiores, pensando enviarlo como misionero a América del Norte, le mandan como profesor al colegio de Stonyhurst en Inglaterra a aprender inglés. Sus alumnos le admiraban y le llamaban el «caballero», porque era humilde, jovial, delicado, afectuoso y estaba siempre alegre. En el recreo se hallaba donde había más alboroto, rodeado de sus alumnos más bulliciosos. Le encantaba ir con ellos a pescar el salmón.

Pero la Providencia tenía otros planes, y el Corazón de Jesús hizo que después de dos años de enseñanza en Inglaterra, el padre Ramière volviera a su patria, y fuera destinado durante diez años como profesor de teología, y luego como prefecto de estudios al centro de Vals-près-le-Puy, donde, siendo estudiante, había oído de labios del padre Gautrelet su profética exhortación de 1844, y donde construirá el santuario del Corazón de Jesús Suplicante.

Le encantaba decir misa y predicar los domingos en las parroquias campesinas de los pueblos vecinos de los que conocía personalmente a todos los aldeanos, y fieles, con los que, al terminar la misa, se quedaba largo tiempo charlando con ellos, interesándose por sus problemas. Sus sermones eran entendidos por

todos, campesinos y burgueses, que le esperaban y obsequiaban con sus mejores frutos del campo. El 15 de agosto de 1857, hizo su profesión perpetua.

En su «Gran retiro» en 1854, escribió: «La triste experiencia del pasado me ha convencido plenamente de que mi perseverancia en la firme determinación en la que estoy, por la gracia de Dios, de llevar en adelante una vida verdaderamente apostólica, depende de dos condiciones, que no son sino una realidad: mi constante unión con Dios por el Corazón de Jesús, y la vigilancia constante que debo tener sobre mí mismo para renunciar a todas las cosas...»

1861, año providencial

EN el año 1861 el padre Ramière será protagonista de tres acontecimientos. El primero, la aceptación de la dirección del Apostolado de la Oración, insuflando a la primitiva comunidad de orantes mediante el ofrecimiento de las obras del día, unidas al Sacrificio de Cristo en la santa Misa, su genuino espíritu: la consagración al Sagrado Corazón de Jesús con fervor reparador y la petición del advenimiento de su reinado social.

El segundo es que en ese año el padre Ramière publica en Lyon sus dos libros emblemáticos: *El Apostolado de la Oración, Santa Liga de corazones unidos al Corazón de Jesús por el triunfo de la Iglesia y la salvación de las almas* y *Las esperanzas de la Iglesia*.

Escribe su amigo el padre Cros: «La obra capital del padre Ramière, su obra más eficaz como escritor, es *El Apostolado de la Oración*. Un día de camino de Mons a Puy, el padre Ramière me decía: “No tengo motivo de gloriarme mucho de *El Apostolado de la Oración*; es, de todos mis trabajos, el que me ha costado menos; lo he escrito de un tirón. Otro que me pertenece, porque lo he trabajado más que los demás: *Las esperanzas de la Iglesia*, no me trae mas que tribulaciones”». (*Messenger du Coeur de Jésus*, 1928, p. 138-139)

Del primero dice el padre Parra que el padre Ramière aceptó —cándidamente— en 1855 del padre Gautrelet tanto la entrega de la decadente obra, como el encargo de rehacer su sencillo folleto, manteniendo su título, pero firmándola con su nombre. Así, en 1861 aparecía un amplio y fundamentado libro: *El Apostolado de la Oración, Santa Liga de corazones cristianos unidos al Corazón de Jesús para obtener el triunfo de la Iglesia y la salvación de las almas*, a cuyo tan largo título seguía esta mención: «nueva edición completamente refundida», presentando su genial y novedosa obra como una mera refundición de otra ajena anterior.

El tercer hito es la aparición en 1861 del primer número de el *Mensajero del Corazón de Jesús*, revista mensual dirigida y redactada casi en su totalidad por

él, que debía dar a conocer el Apostolado de la Oración, es decir, «la devoción al Corazón de Jesús puesta en práctica», y el porqué de las esperanzas de su reinado por todo el mundo, revista que, en sus múltiples lenguas y ediciones, llegó a ser la más difundida y popular de la Iglesia.

Ramière profesor: de Vals a Toulouse

EN 1868 fue apartado de la enseñanza de la filosofía en Vals, y en 1869 obligado a aceptar la cátedra de Derecho Natural y Ética en el Instituto Católico de Toulouse, ciudad a la que trasladará la gestión del Apostolado de la Oración y la sede del *Mensajero*.

En 1877 se inauguraba la Universidad Católica de Toulouse, asignando al padre Ramière la cátedra de Filosofía del Derecho, donde expondrá las controversias en el seno de la Iglesia anglicana, y como ésta, al darse por cabeza al rey en vez del Papa, se ha desviado de los planes de Jesucristo, y por ende ha perdido la asistencia divina prometida a la verdadera Iglesia. En 1879, su segundo curso, al enseñar la necesidad de la realeza social de Jesucristo, le transfieren a la Facultad de Teología, de la que también sería cesado. En sus notas figura una acción de gracias a Dios de haberle apartado de la Universidad por buscar las respuestas a nuestros problemas en el consolador Corazón vivo de carne de Jesús; pues en otra cosa es perder el tiempo.

Pío IX exigió un cambio radical de orientación de la revista jesuítica *Études*, que fue retirada a los «Padres de París» y transferida a Lyon, entrando en su redacción el padre Ramière, pero insistentes indicaciones de sus superiores le obligaban a extremar su discreción en las polémicas político-religiosas con sus adversarios liberales, hasta que, disintiendo del resto de redactores, fue cesado en 1880.

1870: el Concilio Vaticano

EL padre Ramière asiste en 1870 al Concilio Vaticano como teólogo de Monseñor Gignoux, obispo de Beauvais, y como procurador del cardenal Billet, arzobispo de Chambéry.

Encabezará el movimiento infalibilista, y escribirá en Roma un titulado «*Boletín del Concilio*» para tratar con mayor libertad de cuantos temas se debatían en las aulas conciliares, publicando 36 números, de diciembre de 1869 a abril de 1870, así como escritos teológicos que le valieron felicitaciones de Pío IX.

El padre Ramière promueve una petición al Concilio Vaticano de consagración del mundo al Corazón de Jesús. Presentó a Pío IX una primera lista de adhesión de 272 obispos, que decía: «*Santísimo Pa-*

dre: Entre los gravísimos dolores con los que en este tiempo es oprimida la Iglesia de Cristo, el amantísimo Salvador, que nunca olvida a su esposa, en la revelación de las riquezas de su Corazón no ha dispuesto una respuesta mediocre. Lo que en otro tiempo había prometido a santa Gertrudis para cuando la sociedad humana, renunciando a la fuente de vida sobrenatural, por el mortífero frío de la indiferencia pareciera decrepita, es lo que ha cumplido en nuestros días.

Aquel que hizo sanables a las naciones del orbe de la tierra, les abrió esta fuente de vida y este horno de calor divino, y les hizo patente con más claridad su Corazón sacratísimo.

Y concluye: «*Santísimo Padre: los abajo firmantes... humildemente suplican a V.S. se digne elevar a rito de primera clase la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, y consagrar solemnemente la Iglesia entera a este divino Corazón en el día mismo de su festividad y con el concurso de todos los Padres del Concilio*».

Pío IX estimaba necesaria una mayor conciencia de la opinión católica, pero el 20 de octubre de 1870, por la toma de Roma por las tropas garibaldinas, se vio obligado a suspender el Concilio. El 13 de diciembre el padre Ramière redacta el Voto nacional pidiendo la liberación de Francia y del Papa, preludio de la construcción de la basílica del Sagrado Corazón de Montmartre.

En 1875 viaja a Roma con el propósito una vez más de conseguir que el Papa consagre el mundo al Sagrado Corazón de Jesús. En la audiencia con Pío IX éste le objeta: «*¿no es cierto que yo ya he sido consagrado?... entonces, ¿es necesario que me consagre de nuevo? Y la Iglesia entera, ¿no está ella también consagrada al Sagrado Corazón?*» El padre Ramière exclama: «*Santo Padre, la Iglesia está en este momento duramente atacada; la tempestad no amainará por ahora si Su Santidad no efectúa la consagración al Sagrado Corazón*». El Papa contesta: «*¡Ea!, dadme vuestros papeles, haré lo que me pedís*».

Un hecho, único en la historia: cuando a propuesta e instancias del padre Ramière, S.S. el beato papa Pío IX se decidió a consagrar la Iglesia universal al Corazón de Jesús, le confiará a éste el encargo de notificar tan magno acontecimiento religioso a todos los obispos del mundo. Era un reconocimiento público al padre Ramière como apóstol del Corazón de Jesús en el siglo XIX.

El año jubilar del Sagrado Corazón en 1875

EL 16 de junio de 1875 se conmemoraba el segundo centenario de la gran revelación del Corazón de Jesús a la entonces beata Margarita María, en que le pedía el culto de amor y reparación. Lo había preparado el padre Ramière me-

dianete activa propaganda pidiendo la consagración del mundo al Corazón de Jesús con tal ocasión. *Los Mensajeros* se pusieron a la tarea y al poco el padre Ramière presentaba al Papa una nueva lista con la petición de 534 obispos, 23 superiores generales e innumerables personalidades seglares. El padre Ramière y el padre Chevalier, superior de los Misioneros de N^a Sra. del Sagrado Corazón, presentaron al Papa tres millones de firmas pidiendo la consagración reparadora del mundo.

El Papa encargó el estudio de la cuestión a una comisión de teólogos que consideró mejor consagrar primero la Iglesia al Corazón de Jesús, antes que todo el mundo. El padre Ramière aceptó la reducción del proyecto, y quería que el Papa en persona consagrara la Iglesia en la Basílica Vaticana, pero Pío IX le respondió: «*Faró, sí, quel che desiderate, ma lo faró a modo mío*»

Pío IX encargó al padre Ramière y al padre Vasco la fórmula, que retocó el propio Papa añadiendo dos peticiones, y la propuso a todos los obispos para que la recitasen, con cuantos quisieran consagrarse al Sagrado Corazón. El 16 de junio de 1875 se consagraba toda la Iglesia al Corazón de Jesús con esta fórmula:

«Jesús, Redentor mío y Dios mío, pese el gran amor que tenéis a los hombres, tanto que para redimirlos habéis derramado toda vuestra sangre preciosa, sois tan poco correspondido, y aun ofendido y ultrajado, sobre todo con blasfemias y con la profanación de los días festivos. Ojalá pudiera yo dar a vuestro Corazón alguna satisfacción y reparar tanta ingratitud y desconocimiento como recibís de la mayor parte de los hombres. Quisiera poder demostraros cuánto deseo amar y honrar a este amable Corazón delante de todos los hombres y aumentar más y más vuestra gloria...

»Postrado a vuestros pies, en presencia de María Santísima y de toda la Corte celestial, solemnemente reconozco que por todos los títulos de justicia y gratitud os pertenezco total y únicamente a Vos, Redentor mío Jesucristo, fuente única de todo el bien en el alma y en el cuerpo.

»Uniéndome a las intenciones del Sumo Pontífice, me consagro a mí mismo con todas mis cosas a este sagrado Corazón, al cual solamente pretendo amar y servir con toda mi alma, con todo mi corazón y con todas mis fuerzas, haciendo mía vuestra voluntad, y uniendo a los vuestros todos mis deseos....

»Reuniendo estos santos deseos y propósitos en vuestro Corazón como vuestra gracia me los inspira, confío poder dar alguna compensación por las injurias que recibe de la ingratitud de los hombres, y encontrar para mi alma y para las de todos mis prójimos la felicidad propia y de todos en esta vida y en la otra. Amén».

Sus últimos años

EN junio de 1883, último año de su vida, el padre Ramière predicaba en Bilbao uno de los sermones del triduo. Su título: «*El Apostolado de la Oración, práctica la más excelente y útil de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús*», con el que la Villa celebraba el 150 aniversario del primer sermón predicado en 1733 en España sobre el Corazón de Jesús por el padre Cardaveraz en la parroquia de San Antonio Abad, antiguo colegio jesuita.

En los ejercicios de aquel año sentía ya las llamadas, y decía: «*El Maestro me llama, y si no soy un loco, he de estar bien dispuesto a recibirle*».

El 3 de enero de 1884, a sus 63 años, moría el padre Enrique Ramière.

El 3 de enero de 1884 al ir a decir misa en la sacristía de su residencia en Toulouse, sufrió un desmayo, cayendo al suelo. Quienes lo levantaron para reanimarlo ya nada pudieron hacer por él.

Al día siguiente, su amigo el padre Cros escribía: «*El padre Ramière tenía la simplicidad de un niño. Lo conozco desde hace 30 años y nunca he notado en él la más mínima preocupación de amor propio ni de vanidad, siendo así que ningún otro tenía más motivos que él para hacerse valer. Hablaba de sus asuntos con rectitud, con un candor de cordero, de paloma, y le encantaba alabar todo el bien que veía en los demás. Cualquiera recién llegado podía reprenderle sobre sus escritos, y le escuchaba como escucha un buen alumno a su maestro. Era humilde con la humildad encantadora de un niño pequeño, y nadie tuvo ocasión de suponer existiera hiel en su alma. No me extraña que el Corazón dulce y humilde de Jesús le haya escogido para, por su medio, hacerse conocer y amar cada vez más en todo el universo*».

Y recuerda: «*Le hice reír una vez diciéndole: “El padre la Colombière y vos sois hermanos, incluso de nombre, pero no gemelos. Él tiene el espíritu de la colombe, (en francés paloma doméstica) y vos el espíritu del ramier, (en francés palomo torcaz). La paloma permanece en el hueco de la roca, mientras que el palomo salvaje va y viene por montes y valles. El padre la Colombière vive en el Corazón de Jesús y apenas sale; vos, apenas habéis entrado, os apresuráis a salir; para ir a decir a aquellos que nunca entran: ¡Venid, venid todos al Corazón de Jesús!”*»». (*Le Messenger du Coeur de Jésus*, 1928, p. 138-139)

El padre Marín en la biografía que encabeza el libro *Las esperanzas de la Iglesia* concluye: «*Ningún jesuita tomó tan a pecho la misión de predicar el Corazón de Jesús, confiada por él mismo en Paray a los hijos de san Ignacio. En su tiempo, nadie predicó la devoción al Corazón de Jesús con igual empeño, constancia, plenitud de doctrina y éxito*».

Todo puede ser oración

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

EL padre Ramière, en el libro que dio el fundamento teológico y la organización práctica definitiva a la obra apostólica más universal de todos los tiempos, afirma una cosa que puede a prime-

Nuestra oración y nuestra asociación deja de ser «nuestra», es decir, humana, si no surge del Corazón de Cristo.

ra vista parecer sorprendente: san José, más aun que la Virgen María, es modelo perfecto de la vocación apostólica de todo cristiano en tanto que, desde su característico ocultamiento, nos muestra que todas las actividades del hombre pueden ser oración.

Este año, en el que se cumplen los doscientos años del nacimiento del insigne promotor del Apostolado de la Oración y que está providencialmente dedicado a san José, el santo Patriarca puede ayudarnos a penetrar mejor los tesoros que se esconden en esta idea que el jesuita francés extendió por todo el mundo.

La vocación apostólica de todo cristiano

LA vocación cristiana, por su misma naturaleza, es vocación al apostolado; apostolado que, como dice el *Catecismo de la Iglesia católica*, consiste en toda la actividad del Cuerpo místico, que es la Iglesia, que tiende a propagar el Reino de Cristo por toda la tierra para que todos los hombres se salven y participen de la vida divina.

Esta idea, tan admirablemente desarrollada a partir del Concilio Vaticano II y que resulta ya para nosotros muy familiar, no lo era en absoluto a mediados del siglo XIX. Será el padre Ramière, a través del Apostolado de la Oración, quien la hará presente en la Iglesia poniendo de manifiesto que todos los fieles, tanto consagrados como laicos, son miembros y colaboran activamente en la edificación del Reino de Dios.

«Dirás, tal vez, que careces de autoridad, elocuencia, bienes de fortuna y otros medios que se necesitan para poder tener algún influjo entre los hombres. Pero esta excusa no vale —afirma el padre Ramière en su libro «Apostolado de la Oración»—, pues se funda en un error que queremos combatir en este libro. En él te

*haremos ver que el medio más poderoso de influir en los demás está al alcance de todos los cristianos, y que todos pueden echar mano de él a todas horas, y hasta en las situaciones menos favorables. Todos no poseen el arte de hablar bien y de persuadir, ni todos tienen fuerzas para el trabajo; pero todos son capaces de desear, y por tanto todos pueden orar, y por el fervor de sus súplicas y la constancia en la oración, pueden obtener la gracia que salva a las almas, y prestar ayuda eficaz al amor divino, que no cesa de trabajar en la salvación de los hombres».*¹

El corazón de la misión de la Iglesia, recordaba recientemente el papa Francisco, es la oración.²

Las tres fuentes de eficacia del Apostolado de la Oración

LA oración es, por tanto, el primer elemento y principal resorte para lograr la salvación de todos los hombres, el triunfo de la Iglesia y la consumación del Reino de Cristo, tres perspectivas diferentes de una misma misión. Una oración que el padre Ramière define como «la expresión de un deseo, la humilde manifestación ante Dios de una necesidad»³ y que constituye el medio universal de acción de todo cristiano.⁴

Sin embargo, la oración, según las promesas de Nuestro Señor, adquiere una eficacia mucho mayor si se realiza en común y nada habrá más conforme a los deseos del Corazón de Jesús, remarca el padre Ramière, que una asociación cuyo fin especial sea la unión de oraciones por la salvación del mundo.⁵ Esta asociación, según la mente del jesuita francés, no constituye un «movimiento apostólico» más porque su fin no es particular. Es una asociación a la que

1. Henri RAMIÈRE, *Apostolado de la Oración*, Tradere (Madrid 2011) 37.

2. FRANCISCO, *Discurso en el Encuentro internacional de la Red Mundial de Oración del Papa (Apostolado de la Oración) con ocasión del 175 aniversario* (28 de junio de 2019).

3. Henri RAMIÈRE, *op. cit.*, p. 46.

4. *Ibíd.*, p. 39.

5. Cf. *ibíd.*, p. 94-95.



están llamados todos los cristianos, sea cual sea su estado de vida, porque su objeto es universal: avivar la llama de la fe y el celo de los cristianos mediante la oración en común, haciendo ésta más eficaz. Por este motivo, el Apostolado de la Oración es la única organización a la que deberían asociarse todos los fieles sin excepción según han recomendado vivamente los papas.⁶

Finalmente apunta el padre Ramière un tercer elemento imprescindible y fuente principal para que este apostolado adquiriera toda la fuerza de que es capaz: la unión con el Corazón de Jesús. Porque, en el fondo, nuestra oración y nuestra asociación no deja de ser «nuestra», es decir, humana, si no surge del Corazón de Cristo. Y esta unión entre el Apostolado de la Oración y el Corazón de Jesús es tan íntima y perfecta que ambas se pueden considerar una misma devoción: *«De la misma manera que la devoción al Sagrado Corazón no es otra cosa que la religión cristiana mirada desde su verdadero punto de vista, así también el Apostolado de la Oración*

no es más que esta misma devoción abrazada en toda su extensión. No existe entre una y otra más diferencia que la que hay entre la hoguera y el calor que sale de ella, entre la fuerza y el movimiento por ella necesariamente producido, y entre el amor y la tendencia a satisfacer los deseos de la persona

El padre Ramière era un hombre práctico, un teólogo al servicio de la práctica cristiana.

*amada».*⁷ Y de tal manera el Apostolado de la Oración es el apostolado del Corazón de Jesús que éste ha sido el instrumento providencial por el que esta devoción se ha difundido por todo el mundo.

«San José fue apóstol cepillando tablas»

EL Apostolado de la Oración (hoy llamado Red Mundial de Oración del Papa) es, por tanto, una «santa liga de corazones cristianos unidos al Corazón de Jesús para obtener el triunfo de la Iglesia y la salvación de las almas».⁸

No obstante, no valoraríamos adecuadamente la obra que el padre Ramière impulsó si nos quedáramos con la idea de que únicamente se trata de una asociación de personas que se unen para rezar por unas intenciones determinadas, intenciones bende-

6. «Recomendamos aquí encarecidamente el Apostolado de la Oración a todos los buenos cristianos, deseando que ninguno deje de pertenecer a él» (Benedicto XV, carta apostólica *Maximum illud* (30 de noviembre de 1919, n. 85); «Recuerden todos que su dolor no es inútil, sino que para ellos mismos y para la Iglesia ha de ser de gran provecho, si, animados con esta intención (de ofrecer con confianza sus aflicciones a Dios) lo toleran pacientemente. A la más perfecta realización de este designio contribuye en gran manera la cotidiana oblación de sí mismos a Dios que suelen hacer los miembros de la piadosa asociación llamada Apostolado de la Oración; asociación que, como gratísima a Dios, deseamos de corazón recomendar aquí vivamente» [Pío XII, enc. *Mystici Corporis* (29 de junio de 1943), n. 50].

7. Henri RAMIÈRE, *op. cit.*, p. 212.

8. Subtítulo del libro *Apostolado de la Oración* escrito por el padre Ramière y que define la obra por él impulsada.

cidas y confirmadas por el Papa desde el 20 de agosto de 1889 como intenciones del Corazón de Jesús.

Mucho se ha alabado y recomendado siempre en la Iglesia la oración, tanto individual como comunitaria. Sin embargo, el jesuita francés no se contenta con eso. «Tras haber calibrado la fuerza del Apostolado de la Oración, habiendo mostrado sus ventajas y expuesto sus beneficios, es necesario señalar su accesibilidad».⁹ Porque el Apostolado de la Oración no es sólo el más poderoso y omnipotente apostolado sino también el más fácil.¹⁰

El padre Ramière era un hombre práctico, un teólogo al servicio de la práctica cristiana. Dios le dio también este carisma, que puso al servicio de la Iglesia, como queda patente en la tercera parte del libro *Apostolado de la Oración*, en la que nos enseña cómo organizar el día para que la oración esté constantemente presente (explícita o implícitamente) en nuestra vida cotidiana.

«Su práctica —dice el padre Ramière— se une a todas las demás prácticas, vivificándoles sin complicarlas; de la misma manera, su organización se adapta a la de las restantes obras, dotándolas de un nuevo principio de fuerza, sin entrañar traba alguna a su acción».¹¹

¿Cómo es posible esto? ¿Qué espíritu vivifica los miembros del Apostolado de la Oración para que pueda ser practicado por todo cristiano, cualquiera que sea su estado y condición —y por ello pueda ser recomendado por los papas a todos los fieles—, haciendo realmente de la oración un medio universal de actuación? Este espíritu es el tesoro que Dios le reveló al padre Ramière y a cuya difusión dedicó toda su vida para el bien de la Iglesia y que podríamos resumir diciendo que *todo puede ser oración* si, uniendo nuestras intenciones a las del Corazón de Jesús, le ofrecemos todas nuestras obras para la gloria divina y la salvación de las almas. «Cuanto existe, cuanto se hace —afirmaba Pío XI ante los directores del Apostolado de la Oración—, es o puede convertirse en oración. La misma intención y voluntad de orar en cierto sentido es ya oración. Para eso no se requiere trabajo ninguno; ningún inconveniente se sigue de ello; basta un simple movimiento de la mente y del afecto... y ¿hay alguno que sea incapaz de esto?».¹²

La vocación apostólica de todo cristiano encuentra así su perfecto cumplimiento cuando toda

la vida, sean cuales sean nuestras obligaciones de estado y nuestras circunstancias personales, se convierte en oración al hacerse, palpitando con el Corazón de Jesús,¹³ por la salvación del mundo.

Y modelo perfecto de este apostolado, afirma el padre Ramière, lo encontramos en san José. «Más aún que su augusta Esposa, este santo patriarca se vio despojado de todos los medios exteriores que hubieran podido ponerle en condiciones de trabajar en la gloria de su divino Hijo. (...) Todas sus obras han sido materiales, las más apartadas por su naturaleza del fin espiritual de la misión del Verbo encarnado. Y, sin embargo, ¿quién se atrevería a decir que san José ha sido extraño a esta divina misión? (...) Si fue apóstol cepillando tablas, ¿quién podrá creerse excluido del apostolado? Si por la virtud de la intención con que animaba unas obras tan humildes en sí mismas de que se compuso toda su vida, ha contribuido a la salvación de las almas tanto y más que los más elocuentes misioneros y los más admirables taumaturgos, ¿quién tendrá derecho a oponernos la naturaleza de sus ocupaciones, o la exigencia de su pobreza como una excusa que le dispensa de emplearse en esta obra? La misión de los santos consiste en reflejar los diversos aspectos de la vida de Nuestro Señor, a fin de hacer más accesible a nuestra imitación este divino modelo de toda santidad. San José ha sido destinado a reproducir esa vida oculta a la cual quiso consagrar el Verbo encarnado las nueve décimas partes de su existencia terrestre; es el eco infinitamente elocuente de esa gran lección que hemos ya meditado y por medio de la cual nos hace nuestro divino Maestro comprender que el mérito de nuestras obras no depende en manera alguna de su valor intrínseco, y sí solo del espíritu con el cual las realizamos. Si, pues, queremos comprender el poder del Apostolado de la Oración, si deseamos explotar sus recursos y recoger todos sus méritos, ¿qué otra cosa mejor podemos hacer que aprender en la escuela de san José y asegurarnos su cooperación? Esta cooperación nos la concederá él de buena gana, y con tal de que queramos ser respecto de él fieles discípulos, no se negará a admitirnos a esa grande escuela de Nazaret, en la que se aprende el arte de hacer divinamente las cosas más pequeñas y a llevar oscuramente a cabo la más gloriosa de todas las obras».¹⁴

9. *Ibid.*, p. 191.

10. Cf. Pío XI, *Alocución a los directores y peregrinos italianos del Apostolado de la Oración* (27 de septiembre de 1925), citado por TONI RUIZ, S.J., Teodoro, *Los sumos pontífices y el Apostolado de la Oración*, «El Mensajero del Corazón de Jesús» (Bilbao 1946) 138.

11. *Ibid.*, p. 193.

12. Pío XI, *loc. cit.*

13. La unión con el Corazón de Jesús tiene una importancia extraordinaria no sólo en el fundamento del Apostolado de la Oración sino también en su misma práctica, al alejar el peligro de que la idea de que todo puede ser oración nos lleve a abandonar de hecho la misma oración y los diversos ejercicios de piedad en que ella se manifiesta y expresa.

14. Henri, RAMIÈRE, *op. cit.*, p. 216-218.

Actualidad de Enrique Ramière

EVARISTO PALOMAR MALDONADO

¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia salvación, que dice a Sión: «¡Ya reina tu Dios!» ¡Una voz! Tus vigías alzan la voz, a una dan gritos de júbilo, porque con sus propios ojos ven el retorno de Yahvé a Sión.

Isaías 52, 7-8

Nos han llamado la atención las palabras que S.S. el papa Francisco recoge al final de la carta apostólica *Patris corde*, en la que nos exhorta a tomar a nuestro padre y señor san José como intercesor. Así, la condición de intercesor es la propia de los santos y la que corresponde de modo determinante a Jesús: «ya que vive eternamente para interceder por nosotros» (Hb 7, 25; cf. Rom 8, 24). Seguidamente, muestra a Jesús en su Corazón como maestro de vida plena, «aprended de mí que soy manso y humilde devcorazón» (Mt 11, 29).

Por otro lado, es muy oportuno retomar las palabras finales de la constitución dogmática *Lumen gentium* (nº 69; cursiva nuestra): «*Ofrezcan todos los fieles súplicas apremiantes a la Madre de Dios y Madre de los hombres para que ella, que ayudó con sus oraciones a la Iglesia naciente, también ahora, ensalzada en el Cielo por encima de todos los ángeles y bienaventurados, interceda en la comunión de todos los santos ante su Hijo hasta que todas las familias de los pueblos, tanto los que se honran con el título de cristianos como los que todavía desconocen a su Salvador, lleguen a reunirse felizmente, en paz y concordia, en un solo Pueblo de Dios, para gloria de la Santísima e indivisible Trinidad*».

Caracteres de nuestro tiempo

SAN Pablo VI (cf. alocución en la sesión pública en la basílica Vaticana, 7 de diciembre de 1965), clausurando el Concilio y acerca del marco temporal en que éste tuvo lugar, lo declaraba como volcado a lo terreno, con olvido de Dios, en favor de la autonomía absoluta como expresión más consciente de la propia personalidad, siendo el laicismo «la consecuencia legítima del pensamiento moderno y la más alta filosofía de la ordenación temporal de la sociedad», tiempo en el cual «las expresiones del espíritu alcanzan cumbres de irraciona-

lidad y de desolación», un tiempo «que registra ... perturbaciones y decadencias jamás antes experimentadas»; para referir, algo más adelante, por un lado «la religión del Dios que se ha hecho hombre» y, por otro, «la religión –porque tal es– del hombre que se hace Dios».

Enrique Ramière saludó con inmenso gozo el acto de Pío IX de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción (1854), y cimentándose en él desplegó la convocatoria de un nuevo Pentecostés –*erant omnes perseverantes unanimiter in oratione*–, en el que la universalidad de la Iglesia, unida al Corazón vivo del Redentor –*semper vivens ad interpellandum pro nobis*–, clama incesantemente, *Adveniat Regnum tuum*.

Atendamos nuestro contexto en espacio y tiempo.

Quiero tu consagración

HAZARD, en su estudio *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)* y asomándose a estos treinta y cinco años de cultura, nos los presenta como una labor ya descristianizada, cuando no simple y radicalmente anticristiana. Opremos por vía de síntesis. Spinoza fallecía en 1677. El marco teórico se obtiene ya íntegro: ofrece una negación sistemática del ser, la verdad y el bien, en gnosis monista volcada a la razón de la libertad y autodivinizante. Naturalismo fundamentador del liberalismo, cuyo desenlace lo presenta en la democracia o sociedad plenamente absoluta. Afirmado en la indeterminación de la *causa sui*, niega, sobre toda realidad trascendente y en sí, todo ser personal y amistad interpersonal. Previamente al concepto de Estado, ha echado por tierra la revelación divina, y con ella la más mínima huella de misericordia.

La Providencia de Dios sale al paso mostrando Jesucristo mismo su Corazón de carne, vivo, palpitante, ofreciendo y solicitando amor: «Mira este



Baruch Spinoza (1632-1677)

Corazón que tanto ha amado a los hombres...». Fue en 1675, en la octava de la solemnidad del Corpus Christi. Conjuntamente, ofrece una promesa de esperanza para la humanidad: «Reinaré a pesar de mis enemigos y de los que a ello se opongan».

La consagración, perfección de la oración apostólica y proclamación del Reino de Cristo

SPINOZA marca tres derroteros, aparte el marco orangista inmediato de la misma Ámsterdam. El anglosajón, tanto el del Canal como el transatlántico; el francés, en su vulgarización rusioniana y en sus expresiones libertinas a lo Sade; su recepción por el romanticismo e integración en el idealismo de la cultura germánica. En el plano de su puesta en práctica, son los primeros estados liberales, cuya positivación la encontramos en textos que, bajo nombre de «Constitución», explanan la Revolución, así como la determinante *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*. Se desvincula hombre y tierra, así como casa y trabajo, de donde el desarraigo; se desvincula el hombre del hombre, de donde el individualismo convulsivo y el conflicto. Una doble implosión se expandirá crecientemente: explotación del hombre por el hombre; explotación de los recursos naturales. Bajo apariencia de «Espíritu», su nombre propio es el de la *mentira*.

La Providencia divina responderá sobremanera inspirando iniciativas de todo tipo —escolares, hospitalarias, eucarísticas, en favor de los ancianos, de la mujer, de los abandonados, de niños y jóvenes, de los obreros, un impulso misionero abarcará los cinco continentes... De entre todas ellas, y con ellas, como viento en torbellino y torrente alegre, unas po-

cas páginas encubiertas en rosa pálido anuncian una nueva asociación apostólica, es *El Mensajero del Corazón de Jesús*. Su promotor, el jesuita Enrique Ramière (1821-1884). Estudiante en Vals a comienzos de los años cuarenta del siglo XIX, en 1847 recibía la ordenación sacerdotal. De 1854 es su consagración en esclavitud a santa María, acto preñado de calor montfortiano.

El Estado de Derecho recorre el siglo hacia su formulación democrática. Marx (1818-1883) desenvuelve su crítica hacia su superación en la sociedad democrática. Y si en su doctorado, integrando los jóvenes hegelianos, ya se encuentra el núcleo, en nombre del «Hombre» despliega la crítica de la religión, como crítica de toda crítica en praxis revolucionaria. Bien entendido, el socialismo, en tanto naturalismo pleno, es el mismo liberalismo por su afirmación social: niega toda religación por identidad en lo unificado autodeterminante. Odio e injusticia sin límite, procede por negación de todo lo humano.

Ramière había conmocionado la conciencia católica dando a la imprenta dos entregas en 1861. Por la primera, urgía una cuestión práctica: la oración asociada al Corazón del Redentor; es *El Apostolado de la Oración*. Por la segunda, sustentaba la oración en la esperanza; es *Las esperanzas de la Iglesia*. Aquella se concreta en la consagración, que, informando todos nuestros actos por unión vital al Corazón de Cristo, único Mediador y fuente de gracia para nuestra salvación y vida plenamente humana, devienen apostólicos. Mientras la segunda, lo ausculta todo atendiendo la Providencia en sus leyes, la sociedad en sus tendencias y Dios mismo en sus promesas.

En lo primero, establece un presupuesto y declara un implícito. El presupuesto es nuestra divinización por participación: en efecto, en el bautismo recibimos realmente la gracia santificante que obra en nosotros la misma vida divina. Lo implícito del acto lo proclama netamente el padre Orlandis: «la misma consagración es una proclamación del Reino de Cristo» (cf. *La divinización del cristiano, La soberanía social de Jesucristo*; Orlandis Despuig, *Algunas notas sobre el A.O.*). Para lo segundo, escribía Jaime Bofill en las vísperas del Concilio Vaticano II: «*Quien reflexione sobre el pensamiento e intentos del padre Ramière, echará de ver que la naturaleza de dicha asociación no sería adecuadamente comprendida, si uno se limitara a considerarla como una asociación dedicada a la oración (...). Quien aquí se detuviere olvidará lo que el propio padre Ramière acaba de llamar “los móviles de la plegaria misma”. Ahora bien: este móvil es un móvil apostólico desde la primera iniciación del Apostolado por el padre Gautrelet; ya que éste propuso a sus dirigidos suplir por la oración un trabajo misional que no les era materialmente posible. Pero la finalidad última de todo apostolado y «mi-*

sión» recibida de la Iglesia es el reinado universal de Cristo en el mundo, como anticipo de su Reino en el Cielo. En adelante, y gracias al padre Ramière, podrá decirse que se habrá tornado conciencia explícita, en la Iglesia, de las virtualidades y fines de la devoción al Corazón de Cristo; con estas virtualidades y fines la propondrán en adelante a la Iglesia los romanos pontífices» [CRISTIANDAD, 335 (1959) editorial].

A la altura de 1856 el beato Pío IX extendió a la universalidad de la tierra la misa del Sagrado Corazón. Cien años después lo conmemoraría el siervo de Dios S.S. Pío XII en el admirable documento *Haurietis aquas*. La consagración del género humano al Sagrado Corazón, que tantísimo deseó el padre Ramière, la contemplaría desde el Cielo. La decretaba en 1899 S.S. León XIII en la encíclica *Annum sacrum*. El mismo Dios le urgió sobremanera, a través de su mensajera, la hoy beata María del Divino Corazón. En 1925, mediante la encíclica *Quas primas* se introducía para toda la Iglesia y por S.S. Pío XI la solemnidad litúrgica de Jesucristo, Rey del universo. La reforma litúrgica conciliar la fijará al fin del año litúrgico, culmen del mismo y prefiguración de lo porvenir.

Hacia la perfección de la consagración: la confianza y solo la confianza

EL siglo XX muestra en su primera mitad, de manera desbordada y en grados de inhumanidad acrisoladas una y cien mil veces la puesta en práctica del Estado democrático de Derecho. Pero aún se presentaba en escisión con la sociedad. A superar la limitación de la autoconciencia se orienta el Estado social y democrático de Derecho: hacia la identificación entre sociedad y naturaleza. Padecido en carne, asistimos a la disolución del ser personal y del ser social.

Con data de 15 de octubre de 1885, habiendo sucedido a Ramière el padre Emilio Régnault, la dirección del Apostolado presenta un nuevo registro: M^{lle} **Thérèse Martin**. Nacida en 1873, poco después profesará en el Carmelo: su vocación, «en el Corazón de la Iglesia, seré el amor». Abrazando en la Iglesia toda la humanidad, se ofrece al Amor misericordioso de Dios. Se sentará a la mesa de los hambrientos y se-

dientos, de los desheredados de la tierra. La Providencia nos asiste de este modo, a nosotros los hombres, en nuestro desvalimiento, mediante la socialización de la misericordia: para todos los hombres y para todo el hombre, en cuerpo y alma, en la vida familiar, en el ejercicio de nuestra paternidad y de nuestra maternidad, en nuestras relaciones sociales y políticas.

Efusión de la misericordia y consagración del mundo

ACELERADO el ritmo, en la sociedad plenamente democrática, alterada la costumbre —el Derecho se definió como norma de cambio social—, la disociación se socializa: ya no es el Estado quien escinde, sino el individuo mismo; y no solo *ad extra*, sino en su mismo ser, y procurándolo desde la primera infancia. Los programas de liberación van consumando la naturalización mediante negaciones progresivas: negación práctica de la dignidad del ser personal y ablación de la conciencia humana. Sin diferencia por razón de edad, sexo, raza, cultura, nacionalidad o religión. Ofrece un añadido en la identificación semántica de los términos *naturaleza, libertad y persona*.

La Providencia divina aun insistirá en favor de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, sin límite. Mediante su sierva santa **María Faustina Kowalska**, muestra el Redentor del Hombre —el Hijo del Hombre— su Corazón en



efusión de misericordia.

El santo Concilio Vaticano II, explicitando la conciencia de la Iglesia o Reino de Cristo, la presenta creciendo visiblemente en el mundo por la sangre y el agua que manan del costado abierto del Redentor, y, convocando a la universalidad de los fieles, declara acerca de los mismos su participación en los *munus* sacerdotal, profético y real de Jesucristo, por lo que los mismos laicos, en ejercicio de su sacerdocio común, todos, tanto mujeres como varones, «consagran a Dios el mundo mismo» (cf. LG).

San Juan Pablo II Magno introducía en el año 2000 para la Iglesia universal la solemnidad de la Divina Misericordia.

Sobre la realeza de Jesucristo: «Ningún cristiano tiene derecho a transigir en este punto»

J.G.F.

CON mucha razón se ha definido al padre Ramière como «profeta de la Iglesia en el mundo contemporáneo»¹, tanto por su clarividente mirada debeladora de los males del mundo moderno como por su acertada propuesta de los remedios, tanto teóricos como prácticos, más eficaces contra dichos males.

No cabe duda de que el gran organizador del Apostolado de la Oración recibió de Dios el carisma de ver el mundo con una mirada de conjunto, teológica e histórica, poniendo en el candelero muchos de los temas en los que después ha profundizado la Iglesia durante el final del siglo XIX y XX.

Este don de Dios, don para la Iglesia de nuestro tiempo, brilla con especial intensidad cuando estudia las necesidades de las sociedades modernas (democráticas) —«sus progresos maravillosos y sus enfermedades incurables»— y pone en el reconocimiento de la soberanía social de Jesucristo el único remedio al gran problema del mundo de hoy.

El problema del mundo actual

EL problema capital del presente siglo —afirma el padre Ramière— es el de las relaciones de la Iglesia con las sociedades modernas. ¿Estas sociedades son o no son independientes, en el orden moral, de toda autoridad sobrenatural?»²

He ahí planteada de forma concisa, no una cuestión más que estudian los teólogos, filósofos o sociólogos en sus despachos, sino el problema fundamental al que debe responder todo hombre para orientar adecuadamente su vida. He ahí planteada «la cuestión del liberalismo, que afecta a los más graves intereses y a los más fundamentales dogmas del cristianismo».³

1. Cf. José María PETIT SULLÁ, J., *El padre Enrique Ramière, profeta de la Iglesia en el mundo contemporáneo*, CRISTIANDAD 639-642 (junio-septiembre de 1984) 359-361.

2. Enrique RAMIÈRE, S.J., *La soberanía social de Jesucristo o las doctrinas de Roma acerca del liberalismo en sus relaciones con el dogma católico y las necesidades de las sociedades modernas*, Subirana (Barcelona 1884) 5.

3. *Ibid.*, p. 13.

Aceptar la independencia de la vida social del hombre respecto a Dios, del Estado respecto a la Iglesia, es admitir como verdadera la doctrina liberal, el laicismo diríamos hoy, y negar lo que el jesuita francés llama el dogma de la soberanía social de Jesucristo. Es decir, negar «el derecho que posee el Hombre-Dios, y que posee con Él la Iglesia, que le representa aquí en la tierra, de ejercer su divina autoridad en el orden moral»⁴.

«Ningún cristiano —insiste el padre Ramière— tiene derecho a transigir en este punto».⁵ Al contrario, «la soberanía social de Jesucristo es el terreno que debe reunir a todos los verdaderos católicos, la única solución del gran problema de las sociedades modernas para todo hombre que no haya renunciado a su título de cristiano».⁶

Ahora bien, ningún cristiano puede transigir con la negación de ninguno de los dogmas de fe. Sin embargo, el padre Ramière, con su característica comprensión sobrenatural y unitaria del plan de Dios sobre los hombres, ve en este dogma de la soberanía social de Jesucristo la síntesis de todos los otros dogmas y el fundamento de toda posible restauración del orden social.

Cristo Rey, síntesis de los misterios de Cristo

JESUCRISTO hombre es Dios y Jesucristo Dios es hombre. (...) Si este Dios se encarnó y comunicó todos sus atributos y todos sus derechos a la naturaleza humana con la cual se unió, no pudo dejar de comunicarle su soberanía. No cabe, pues, término medio: o debe negarse la divinidad de Jesucristo, o es preciso admitir que aun en el concepto de hombre, es el rey de todo cuanto existe».⁷

Por tanto, Cristo es Rey porque es Dios. Su divinidad es el fundamento de su realeza.⁸ Sin embargo,

4. *Ibid.*

5. *Ibid.*, p. 42.

6. *Ibid.*, p. 7.

7. *Ibid.*, p. 33.

8. Cf. Pío XI, enc. *Quas primas* (11 de diciembre de 1925) n. 11.

la comprensión de esta realeza de Cristo sobre todas las criaturas sería parcial y quedaría desdibujada, perdiendo toda su fuerza y grandeza, si no la consideramos más propiamente como perteneciente al Hombre-Dios en cuanto hombre y no en cuanto Dios.

Podríamos incluso decir que el Verbo se hizo carne para ser rey y, en cuanto tal, poder salvar a su pueblo. «[Esta realeza] se comprenderá mejor aún si recordamos la misión que Dios dio a su Hijo al enviarle a la tierra. Si no fuera el rey de las sociedades, imposible le sería cumplir de un modo completo semejante misión». ⁹ Así lo afirmó el mismo Jesús ante Pilatos: «Pilatos le dijo: “Entonces, ¿tú eres rey?”. Jesús le contestó: “Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo...”» (Jn 18, 37).

«Bastaba que [el Padre] enviara su Hijo al mundo –continúa el padre Ramière–, para que todos los hombres y todas las sociedades quedaran obligadas a someterse a su autoridad soberana». ¹⁰ De esta manera, sometido todo el mundo a su soberanía y con la potestad que el título de rey le proporcionó, el Dios-Hombre pudo constituirse en mediador entre Dios y los hombres y conquistar para todos el perdón de los pecados. Al derecho de naturaleza añadió el derecho de conquista, ¹¹ manifestando así que su reinado es un reinado de Amor.

«La soberanía social del Corazón de Jesús», admirable síntesis entre creación y redención, es la idea-fuerza que el padre Ramière luchó incansablemente por propagar a todo el mundo a través de *El Mensajero del Corazón de Jesús*, y que, como afirmó Pío XI, constituye el coronamiento y plenitud de los misterios de la vida de Cristo. ¹²

Un reinado social

Es importante insistir en este punto, como lo hace reiteradamente el padre Ramière: la soberanía de Cristo es social. La afirmación puede parecer redundante porque todo rey lo es de un pueblo, de una sociedad. Sin embargo, la expresión «soberanía social» no hace referencia a este hecho, también cierto en el caso de Cristo (la Iglesia, de la que toda la humanidad está llamada a formar parte, es el pueblo sobre el que reina el Señor) sino que resalta un aspecto de esta soberanía muchas veces incomprendido u ocultado: Jesucristo reina también sobre las sociedades.

«Es un dogma de fe –dice el padre Ramière– que Jesucristo posee una autoridad soberana sobre las sociedades civiles, lo propio que sobre los individuos de que se componen; y por consiguiente, las sociedades, en su existencia y en su acción colectiva, lo propio que los individuos en su conducta privada, están obligados a someterse a Jesucristo y observar sus leyes». ¹³

Esto puede parecer extraño, incluso exagerado, a quienes conciben la misión del Salvador desde un falso sobrenaturalismo, invocando que su Reino «no es de este mundo» y que, por tanto, las sociedades civiles y los gobiernos que las rigen, con una existencia únicamente temporal, quedarían fuera del ámbito sobre el que Cristo ha venido a actuar.

Sin embargo, esta posición desvirtúa completamente y hace incomprensible el plan salvífico de Dios, plan único en el tiempo y en el espacio, en los individuos y en las sociedades, en lo natural y lo sobrenatural. Así lo entendió el padre Ramière, que no concibe un reinado de Cristo en el que las sociedades civiles tengan derecho a prescindir de Él. «¿Acaso la acción de estas sociedades no ejerce en los destinos generales de la humanidad una influencia decisiva? Y si Jesucristo no es nada para ellas, ¿puede continuar siéndolo todo para la humanidad?». ¹⁴ Ciento cincuenta años después de que el padre Ramière escribiera esto, nadie puede dudar de la verdad de esta afirmación. Los amargos frutos de descristianización que la acción de los sucesivos gobiernos liberales –en mayor o menor grado, pero siempre liberales– han provocado están a la vista. La reciente despenalización de la eutanasia en España, gravísima ofensa a Dios, es una prueba más del tiránico despotismo de las sociedades democráticas que han renegado de la soberanía de Jesucristo, para así expulsar a Dios de la vida de los individuos.

Este no es ni puede ser el plan de Dios. El Verbo, al hacerse hombre, restauró y elevó la naturaleza humana en todas sus dimensiones, ordenándola a un fin sobrenatural. Y entre las realidades humanas sobrenaturalizadas está la misma sociedad civil y la autoridad que la dirige.

La sociedad civil, tras la venida de Cristo, se convierte en el lugar en el que los hijos de Dios pueden cumplir libremente la voluntad divina y la autoridad política, sin dejar de mirar por el bienestar temporal de sus gobernados, tiene como misión principal la defensa de la Iglesia ¹⁵ para que la ac-

9. Enrique RAMIÈRE, S.J., *op. cit.*, p. 34.

10. *Ibid.*, p. 35.

11. Cf. Pío XI, enc. *Quas primas*, n. 12.

12. *Ibid.*, n. 31.

13. Enrique RAMIÈRE, S.J., *op. cit.*, p. 31.

14. *Ibid.*, p. 34.

15. «La regia potestad no se ha conferido sólo para el gobierno del mundo –afirma el papa san León–, sino principalmente para defensa de la Iglesia (*maxime ad Ec-*

ción santificadora del Espíritu Santo y los derechos que Cristo conquistó para sus ciudadanos puedan llegar a todos los hombres.

No podemos aquí extendernos en todas las consideraciones que el padre Ramière realiza sobre este tema, no escatimando esfuerzos en plantear y resolver cuantas objeciones se nos ocurran a esta subordinación del poder temporal a la Iglesia, conscientes de los peligros de una mala interpretación de esta doctrina pero conscientes también de que «ningún verdadero católico puede pensar de otro modo si ha comprendido el estrecho lazo que une la soberanía social de Jesucristo con los principios más elementales de nuestra fe».¹⁶

La lectura y meditación de la obra del padre Ramière es en este punto sumamente orientadora para comprender el sentido pleno de la soberanía de Cristo y alimentar nuestra esperanza en su triunfo «a pesar de sus enemigos». Así lo confirmó años después Pío XI: «Cuando instituímos la fiesta de Cristo Rey y su solemne celebración en todo el orbe cristiano, no sólo declaramos el sumo imperio de Jesucristo sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y la doméstica y sobre cada uno de los hombres, sino que también presentimos el júbilo de aquel faustísimo día en que el mundo entero, espontáneamente y de buen grado, aceptará la dominación suavísima de Cristo Rey».¹⁷

La única solución de la sociedad moderna

No podemos acabar este breve comentario de *La soberanía social de Jesucristo* del padre Ramière sin apuntar que esta verdad, el reinado social del Corazón de Jesús, no sólo la considera como el dogma capital y explicativo del plan de Dios sobre los hombres sino también «el único ideal a que puede aspirar el cristiano, y a la realización del cual deben emplear la plenitud de sus fuerzas todos los hombres que creen en Jesucristo».¹⁸

¿Por qué? Porque la restauración de la soberanía social de Jesucristo es el pleno cumplimiento del designio salvífico de Dios y el único remedio para el mundo actual. El único remedio. La mera enumera-

ción de los títulos con que encabeza los diferentes capítulos de su obra nos convencerá de ello: «La restauración de la soberanía social de Jesucristo es la única que puede asegurar a las sociedades modernas el primer elemento de su progreso, la posesión de la verdad». «La soberanía social de Jesucristo es la única garantía de la libertad de las inteligencias». «La dignidad de los pueblos modernos no tiene otra garantía sólida que el reinado de Jesucristo». «El reinado de Jesucristo es el único sostén de la autoridad civil». «Las sociedades modernas no podrán escapar al tiránico yugo del cesarismo si persisten en renegar de la soberanía de Jesucristo». «La restauración de la soberanía social de Jesucristo garantiza la libertad, así contra la opresión del poder como contra sus propios excesos». «Solamente con el restablecimiento de la soberanía social de Jesucristo puede serle permitido a la Iglesia levantar de su degradación la inmensa mayoría del género humano».¹⁹

Ésta es la única solución al problema capital de nuestro tiempo. Ésta es la tesis del padre Ramière, que los papas posteriores han hecho suya. Sin embargo, surge enseguida una nueva dificultad. ¿Es posible aplicar esta solución? ¿Podemos esperar que algún día todos los hombres acepten de buena voluntad el suave imperio de Cristo Rey?

El padre Ramière tampoco se engaña en ello. «Si se nos dice que esta conversión es humanamente imposible, no lo negaremos; pero en cambio sostendremos, y esto nos basta, que no es imposible a Dios. (...) No, no es imposible hacer aceptar a nuestra sociedad la soberanía del Hombre-Dios, como no lo fue en otro tiempo imponer al mundo pagano el dogma de la unidad de Dios. El poder de Dios, que hizo el primero de estos milagros, es capaz de obrar el segundo. Si el mundo no merece semejante gracia, es acreedora de ella al menos la Iglesia, cuyas pruebas terrestres reclaman esta compensación, y la merece Jesucristo, a quien Dios su Padre prometió, por boca de todos los profetas, el universal establecimiento de su soberanía».²⁰

Ésta es la esperanza del padre Ramière y ésta es también la esperanza de la Iglesia.

clesiae praesidium)», citado por Pío IX en la enc. *Quanta cura* (8 de diciembre de 1864).

16. Enrique RAMIÈRE, S.J., *op. cit.*, p. 42.

17. Pío XI, enc. *Miserentissimus Redemptor* (8 de mayo de 1928) n. 4.

18. Enrique RAMIÈRE, S.J., *op. cit.*, p. 57.

19. Leyendo únicamente el índice de la obra se puede ya comprender el gran valor de la misma, como reconoce Pío IX en carta dirigida al padre Ramière (Cf. *Carta a nuestro muy amado hijo Enrique Ramière, padre de la Compañía de Jesús*, 22 de enero de 1870, recogida en Enrique RAMIÈRE, S.J., *op. cit.*)

20. Enrique RAMIÈRE, S.J., *op. cit.*, p. 76.



«La bancarrota del liberalismo» y «El catolicismo liberal». Doctrina del padre Ramière sobre el liberalismo

FRANCESC M^a MANRESA I LAMARCA

ENTRE los años 1874 y 1875, publicó el padre Henri Ramière dos opúsculos sobre el liberalismo, como complemento y epílogo de su obra *La soberanía social de Jesucristo*. Bajo el título de *La bancarrota del liberalismo* y *El catolicismo liberal*, quiso el padre Ramière poner de manifiesto el gravísimo error del liberalismo, la falsedad de sus principios, el engaño de sus medios y el horror de sus consecuencias. Este artículo pretende resumir lo esencial de sus ideas.¹

¿Qué se entiende por liberalismo?

Es enseñanza común en la doctrina cristiana que a la soberbia pertenece no querer someterse a superior ninguno y especialmente no querer sujetarse a Dios² y es también conocido en estas páginas que a la doctrina liberal pertenece la afirmación de la completa independencia de la libertad humana y la negación de toda autoridad superior al hombre en lo intelectual, en lo religioso y en lo político. De tal modo, podemos decir que, si en el orden moral la soberbia es vicio capital, esto es, padre de muchos otros vicios, socialmente el liberalismo es también principio de otros errores y muy especialmente de aquellos que han sido engendrados en la modernidad.

Decimos que el liberalismo es un error capital en lo social porque, no solo por sí mismo es perpetrado

de muchos males, sino porque, andando bajo su dirección se llegan a errores aún más graves. En el plano teórico no se presenta el liberalismo como un destructor de sociedades o un sistema ateo aniquilador de la idea de Dios. No obstante, estudiadas sus consecuencias es fácil darse cuenta, por ejemplo, de que no hay revolución liberal sin terror ni ateísmo imperante sin previo destierro de Dios; porque verdad es que *los pueblos que se han dejado seducir por la mentira del liberalismo, se ven obligados a beber todo el cáliz de sus consecuencias*. He aquí a qué nos enfrentamos cuando hablamos de liberalismo.

Para reconocerlo, debemos entender que la gradación del liberalismo es variada: desde el liberalismo radical hasta el catolicismo liberal, pasando por un amplio espectro de liberalismos moderados. Si bien en todos ellos se proclaman sus principios, los distinguen de algún modo la modulación de sus consecuencias; en el primero, la sincera y violenta lógica de sus principios puesta en acto sin disimulo ni duda; y en los moderados, el intento de concordar las consecuencias de la verdad con los principios del error.

El catolicismo liberal

EN el último grado de liberalismo, no se advierte tanto una doctrina como una actitud, como una tendencia y disposición de ánimo ante el cual la afirmación de los derechos soberanos de Jesucristo es siempre inoportuna desde el mo-



Cristo Rey. Catedral de Santiago

1. Los opúsculos pueden leerse íntegramente en internet a través del portal <https://books.google.es/>

2. STO. TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica* I II^{ae}. Cuestión 84 Art. 2

mento que choca y desagrada. Los católicos liberales son en todo caso víctimas infelices de sus ilusiones, porque a pesar de la rectitud de sus intenciones, hacen penetrar más profundamente el veneno de sus errores, esa *pestem perniciosissimam* a la que se refería el beato Pío IX.³

Ciertamente el catolicismo liberal más que una doctrina es una ilusión práctica, seductora de rectas inteligencias y corazones generosos, fundada sobre sofismas y afirmaciones equívocas; siempre alerta a no *profesar ni la doctrina católica opuesta al liberalismo, ni la doctrina liberal opuesta al catolicismo*.

No hay que pensar, sin embargo, que la actitud del católico liberal no es beligerante, porque lo es

No hay peor quimera que la de pretender la conciliación del dogma cristiano de la soberanía social de Jesucristo con el error liberal de la negación de esta soberanía.

ciertamente y muy especialmente con aquellos que a priori deberían ser sus aliados. Entre sus equívocos embaucadores, la mayor parte son condenas a aquellos que, según ellos, turban la paz con sus opiniones, a los que solo desean la libertad para sí pero no para los demás, a aquellos que condenan al liberalismo desde la religión o a aquellos que denigran el lema de «la Iglesia libre en el Estado libre». No hay nada que inquiete más a un católico liberal que la doctrina tradicional de la Iglesia, mucho más que las injusticias, que los abusos o las consecuencias mortíferas de todo grado de liberalismo.

No hay peor quimera que la de pretender *la conciliación del dogma cristiano de la soberanía social de Jesucristo con el error liberal de la negación de esta soberanía*. [...] *Así es, en fin, el liberalismo católico: quimérico en su fin, anticatólico en su proceder y desastroso en sus efectos*.

Las mentiras del liberalismo

EN el liberalismo hay una primera mentira constitutiva: la libertad, que consiste en poder hacer lo que no daña a los otros dentro de los límites determinados por la ley;⁴ pero esta ley no es la del Creador sino la expresión de la *voluntad*

3. Breve del beato Pío IX a la *Correspondencia de Ginebra*, del 26 de febrero de 1872

4. Artículo 4º de la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* de 1789

*general*⁵. Es decir, si en la facultad de poder obrar libremente el bien está la facultad de poder obrar el mal, establecida una ley desasida de la ley divina no se reivindica la facultad del hombre de poder obrar mal, sino su *derecho* a hacerlo.

Renegando de la autoridad de Dios, en un absurdo funesto por el cual se reconoce a un Dios creador del hombre mientras se niega la obligación de obedecerlo, el liberalismo inculca el germen del ateísmo y el del anticristianismo. ¿Quién, negando la autoridad divina, declarando su independencia respecto de ella, soportará el dogma de la autoridad real de Jesucristo sobre la familia humana?

Peor aún, porque esta familia humana no estará ya formada por hombres sino por brutos, pues, siendo incapaz de descubrir su dignidad sublime y la realidad de su abatimiento por el pecado, ignorará de plano su destino celestial. Así, siendo incapaz de dar rescate a ese hombre bruto, conviene creer que éste «ha nacido bueno y naturalmente inclinado a la verdad y a la justicia»; entonces la

sociedad que necesitamos ya *no es aquella que preserva al hombre de las perversas inclinaciones que provienen de su caída y favorece el desarrollo de sus facultades superiores*, sino la que lo devuelve a su feliz estado original.

Bancarrotas intelectuales

UNA mirada sincera sobre la sociedad que ha «construido» el liberalismo —que es la nuestra—, una mirada por encima del aturdimiento de su opulencia, una mirada desengañada de sus ilusiones, podrá ver cómo a este *imperio irresistible sobre los ánimos y naciones todas, Dios le hace expiar su victoria con un doble castigo: con los desastres que acarrea a los pueblos sometidos a su yugo, y con las contradicciones en las que necesariamente cae en su desenvolvimiento por razón de los errores que lleva ocultos bajo hipócritas fórmulas*.

En el liberalismo hay una doble rebelión: una intelectual y una social. La primera pretende sustraer la razón humana a la supremacía de la verdad divina y la segunda no quiere reconocer ninguna autoridad emanada de Dios.

En el origen se pretendía dar alas a la razón sacudiéndole el yugo de la fe; por la razón debíamos llegar a las más altas esferas, a los más elevados conocimientos, a la contemplación misma de lo verdadero, lo bello y lo bueno, huyendo necesariamen-

5. Artículo 6º de la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* de 1789



Pío IX

te de todo espiritualismo exagerado. *Las verdades serán las mismas, se nos decía, pero la manifestación será diferente; esta vez será del todo científica.* Pero no es esto lo que ha sucedido: *en lugar de la razón ultra-espiritualista que se nos prometía, hemos tenido la negación de Dios, del alma, y hasta de la misma razón, porque el liberalismo traza una línea arbitraria sobre la pendiente que lleva de las altas cumbres de la verdad al precipicio del error; y luego dice a las inteligencias y a las naciones: hasta aquí descenderéis, pero no proseguiréis. ¿Quién detendrá esa razón en caída libre? ¿una nueva línea cada vez más baja?*

He ahí la desgracia del liberalismo: ha embrutecido la razón. Ha pretendido liberarla de los misterios de la verdad revelada y ella se ha empecinado en no creer siquiera en los filosóficos, porque *el orgullo humano no se contenta más del Dios de la razón que del Dios del Evangelio.* Y si hay que admitir solamente lo que se comprende, hay que suprimir todo misterio y todo problema insoluble, *y con ellos deberán suprimirse también las bases de la moral y de la sociedad, las aspiraciones naturales del corazón humano y hasta la filosofía y la misma razón.*

En fin, aquellos que quisieron erigir la *filosofía* como la ciencia racional por excelencia, verían hoy a su hija negada como ciencia porque ésta solo es reconocida en las relaciones de los números y en las leyes de la materia. Tales son los hijos del liberalismo: devoran a sus padres.

Y si hallamos perdida a la razón, limitada la ciencia, ¡qué no podemos decir de la literatura y de las artes! Apenas una mirada a la historia nos con-

vencerá que *las bellas artes no pueden florecer sino en una sociedad en que reinen los nobles sentimientos y las sublimes inspiraciones, cuyo manantial ha suprimido el liberalismo.* Solo excepciones nos rescatan del escenario tétrico que hoy nos presenta el mundo «de la cultura», como la Sagrada Familia barcelonesa, obra de un genio rebosante de fe.

El Estado, como representante de la soberanía popular y principio de todo, se ha arrogado también el papel de educador del hombre, ha definido un nuevo atributo para sí mismo, éste es el de docente: la enseñanza como servicio público, expresión que tiene más de doscientos años ¡y aún hoy sigue vigente! En manos del Estado liberal y postliberal, este «servicio público» no es más que *un instrumento de degradación de las almas, a pesar de las mejores intenciones de los que toman parte en ella. Lo cual se efectúa de muchas maneras: primero, destruyendo en las almas el amor a la verdad, después haciendo imposible su educación moral y finalmente ciñendo a todo el país con la barrera tiránica, que impide toda instrucción seria y todo progreso real.*

¿Qué queda finalmente para una sociedad a la que han sustraído el yugo de la fe, han embrutecido

No hay duda de que el padre Ramière conocía con profundidad lo que escribía y veía sus consecuencias ya en la sociedad de su tiempo.

su razón, han envilecido la ciencia y han dominado por la educación? Solo queda la esclavitud de su pensamiento. Ahí hallaremos el papel fundamental del periodismo, el único arte que ha creado el liberalismo. Si somos libre pensadores, *dispongámonos a recibir con la boca abierta la doctrina que cada mañana nos remiten sobre tan graves cuestiones unos fulanos que hacen el negocio de pensar por nosotros.* ¡Ay del que no lea periódicos!

El liberalismo político

QUIENES acusan a la Iglesia de haber intervenido en política condenando el liberalismo yerran en tres cosas: la primera, negando al hombre los fundamentos de la realidad, la de su propia realidad actual y trascendente; la segunda, ignorando la dimensión religiosa de su doctrina que niega a Dios su soberanía social, el orden dispuesto por Dios en la comunidad humana; y por último acusando a la Iglesia de algo que no ha hecho, puesto que la Iglesia respeta la libertad plural de la verdadera política.

La clave de la práctica política del liberalismo está en la negación de la autoridad de Dios. Contra ella nace un concepto de libertad que se opone a la autoridad, queda suprimida toda noción del deber e invita a tomar el lugar de la autoridad al despotismo.

Si el dogma fundamental de la política liberal es que la sociedad debe subsistir y gobernarse por sí misma sin apoyarse en ningún poder superior; si la potestad de mando ha de derivarse del libre consentimiento de aquellos a quienes está encaminada, resulta del todo dependiente de su capricho. Si la autoridad es la determinación de la voluntad general desasida de toda ley y autoridad divina, queda también roto el principio de unidad que en ella se funda; y *quitado de en medio el principio de unidad, a la armonía le sucede el desorden y el cuerpo cae en la disolución...* de modo que para hacer cumplir las leyes no queda otra que recurrir sucesivamente a la fuerza bruta. *La anarquía primero y después el despotismo son los frutos que necesariamente pro-*

duce, en virtud de su principio, la negación de la autoridad de Dios.

Conclusión

No hay duda de que el padre Ramière conocía con profundidad lo que escribía y veía sus consecuencias ya en la sociedad de su tiempo, pero es difícil que su imaginación fuera capaz de adivinar el modo en que se desarrollaría aquello que intuía y más difícil sería describir la perplejidad que le producirían las consecuencias funestas de los errores que denunciaba, las mismas que hoy copan nuestros parlamentos, nuestros escenarios, nuestros periódicos, nuestras aulas y nuestros pensamientos. El funesto veneno del liberalismo ha inficionado una sociedad entera, una sociedad que apura con diabólico orgullo y no poca amargura el cáliz de sus consecuencias.



La Inmaculada, «fuente de pureza que anhela regenerar el mundo»

Sus conquistas sobre la materia, sus descubrimientos, los prodigios de su industria, lo han infatuado hasta el delirio.

No puede hablársele de caída ni de corrupción original, de inclinaciones a combatir ni de sacrificios a realizar; según él, el mal no existe en los individuos, sino sólo en la mala organización de la sociedad, y su redención consistirá en renovarla, encontrando una organización en que todas las pasiones hallen su entera satisfacción.

Pues bien, al obligar a este siglo a celebrar como un privilegio incomparable la Concepción Inmaculada de María, la misericordiosa Providencia le ha obligado al mismo tiempo a reconocer la reprobación que pesa sobre toda nuestra estirpe. Equivale, pues, por parte de la Iglesia, a una solemne condenación de los errores modernos, y, por parte de la sociedad, a una solemne retractación; y la Iglesia nos proporciona, al mismo tiempo, el medio de salir del infortunio y de lavar nuestras manchas, al mostrarnos el Corazón de esta Madre Inmaculada como una fuente de pureza que anhela regenerar al mundo.

Enrique RAMIÈRE, *Las esperanzas de la Iglesia*

Las esperanzas de la Iglesia en el padre Ramière

JAVIER PUEYO HNSSC

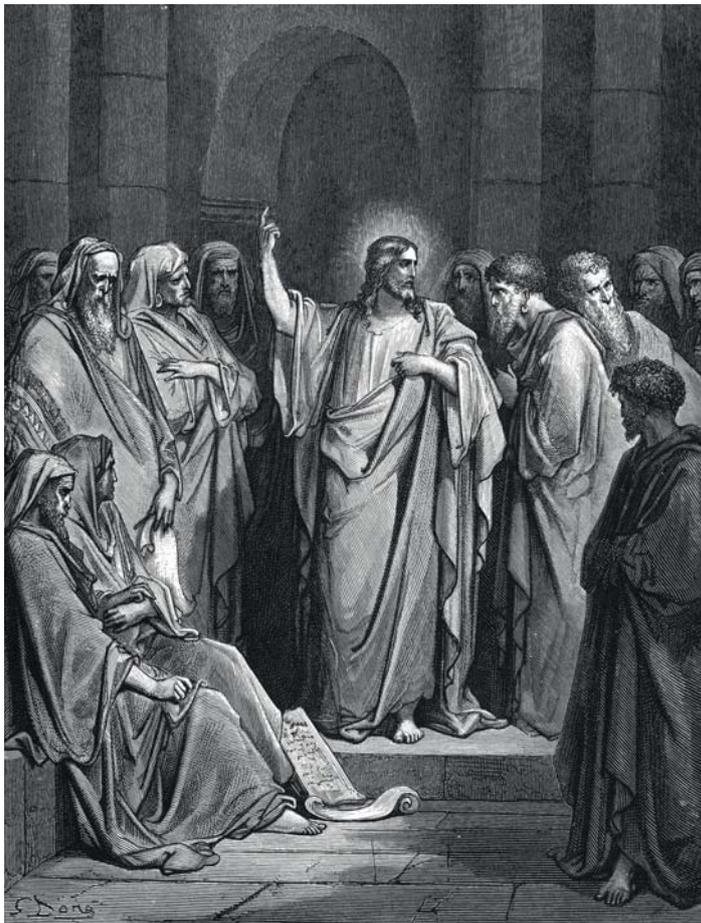
EL padre Enrique Ramière anhelaba formar celadores del Apostolado de la Oración que uniesen sus oraciones y el ofrecimiento de su vida al Padre en unión con la oración y el ofrecimiento del Corazón de Cristo que se perpetúa en la Iglesia a través del sacramento de la Eucaristía. Ramière ve la devoción al Corazón de Jesús como el instrumento providencial para formar en el cristiano un corazón semejante al de Cristo, que se entregue por la salvación de las almas a las obras que el Espíritu Santo le inspire en unión con el Corazón de Jesús. Esta unión de corazón con Cristo tiene, en Ramière, una finalidad muy clara: la extensión del reinado de Cristo en las almas y las sociedades humanas y la reparación al Corazón de Cristo por los pecados del mundo. Ambos aspectos están íntimamente relacionados.

Con una profunda mirada sobrenatural sobre la sociedad de su tiempo, Ramière quiere transmitir a los celadores del *Apostolado de la Oración* el dolor del Corazón del Señor a la vista de la ciudad cristiana secularizada, que les impulse a esta obra de reparación y de trabajo por el Reino. Ramière no sólo se fija en los pecados, personales y sociales, que destruyen el orden querido por Dios en tantos campos de la vida humana, como vemos hoy en día en el campo de la vida, de la familia o de las relaciones humanas, sino que quiere llamar la atención sobre la causa profunda de esos desórdenes que padecemos

en nuestro siglo: la ausencia de reconocimiento de la realeza de Cristo, la falta de vida sobrenatural en las almas, la separación de los hombres de la vida de gracia. El fin del Apostolado de la Oración es interceder para que este cuerpo sin vida, en creciente descomposición, que es la sociedad cristiana secularizada, vuelva a ser animado por el Espíritu de Dios:

Los hijos de Dios necesitan una vida divina, la vida del Espíritu, que es la gracia. Sin ella la civilización material [...] hará bellos y hermosos cadáveres, pero no sociedades verdaderamente vivas, sino muertas [...]. Pero para que toda esta serie de milagros ocurra, para que el Espíritu baje del Cielo y renueve la tierra, para que los pueblos renazcan a la vida, según la profecía de Ezequiel, el Espíritu ha de ser llamado por una voz humana. Dios es quien envía el Espíritu, pero se vale del ministerio del hombre [...]. Y así, cuando quiere resucitar a una sociedad, empieza por enviar a ella hombres

de deseos, que llamen al divino Espíritu con todo el fervor de su abrasado pecho, y arrojen ardientes suspiros del corazón, pidiendo la salud de su pueblo. «*Aquel día derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de oración*» (Zac 12,10)¹.



G. Doré, *Jesús predica en la sinagoga*

de deseos, que llamen al divino Espíritu con todo el fervor de su abrasado pecho, y arrojen ardientes suspiros del corazón, pidiendo la salud de su pueblo. «*Aquel día derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de oración*» (Zac 12,10)¹.

1. Henri RAMIÈRE *El Apostolado de la Oración*, Madrid (Tradere), 2011, p. 188-189.

Esta voz humana que pide el Espíritu Santo para el mundo no es otra que la de Jesucristo, a la que los celadores del Apostolado deben asociarse íntimamente por la devoción a su Corazón. En otra obra, *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*, había explicado que para que el culto al Corazón de Jesús produzca todos los frutos que lleva implícito, debe considerarse unido al dogma de la inhabitación del Espíritu Santo que producirá en nosotros una mayor vivencia y cuidado de las mociones del Espíritu en nuestro propio corazón, que poco a poco se irá asimilando al de Cristo:

El dogma de la presencia real del Espíritu Santo en nosotros [...]. La devoción al Corazón de Jesús, destinada a regenerar la sociedad cristiana, lo conseguirá dando a todos, sacerdotes, religiosos y

Por medio del culto al Corazón de Jesús la religión cristiana va a ser capaz de restaurar las heridas de la sociedad actual, tanto en los incrédulos, dominados por el materialismo, como en los creyentes, dominados por el desaliento.

simples cristianos, la perfecta comprensión de este dogma. Si queremos que esta devoción produzca en nosotros todos sus frutos, si deseamos cooperar a la realización de las promesas que han acompañado su revelación, acostumbremos a considerarla bajo este aspecto, esforcémonos en popularizar esta doctrina, con la cual, como en una palanca divina, levantamos sobre la tierra a las almas que el naturalismo de nuestro siglo tiene en ella tan miserablemente esclavizadas.²

Por tanto, en el ideal de Ramière, el culto al Sagrado Corazón ayudará a una oración más profunda y a una mayor docilidad a las mociones del Espíritu Santo en las almas y, así, ayudará a los fieles a trabajar con una eficacia decisiva en la extensión del reinado de Cristo. Pero en seguida se le presenta a Ramière una duda. Este ideal, el reinado de Cristo, que el Espíritu de Dios vuelva a dar vida a la sociedad humana muerta y en creciente descomposición, ¿es una mera utopía que alienta la entrega apostólica de los celadores o es realmente algo que debemos esperar? Ramière quiere fundamentar esta esperanza y lo hace principalmente en su obra *Las esperanzas de la Iglesia*³, obra impresa por primera vez en Lyon en 1861, el mismo año que publica *El Apostolado de la Oración*.

2. Íd., *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*, Barcelona (Scire), 2004, p. 114.

3. Íd., *Las esperanzas de la Iglesia*, Barcelona (Ediciones Cristiandad), 1962.

En esta obra aduce tres argumentos para justificar el futuro cumplimiento de su esperanza, el reinado de Cristo en la sociedad humana. En primer lugar, la observación de las leyes de la Providencia⁴, que había estudiado en la obra previa de *El reinado de Jesucristo en la historia*; en segundo lugar, la observación de las tendencias de la sociedad⁵; y, en tercer lugar, las promesas divinas⁶. Creemos que este tercer argumento es el que tiene más fuerza teológica, pues la esperanza sobrenatural no se puede basar sino en las promesas divinas, y por ello es el argumento en el que nos vamos a detener.

Entre las promesas divinas en las que puede apoyarse la esperanza del celador del Apostolado de la Oración, Ramière enumera varias: las vinculadas al dogma de la Inmaculada, algunas afirmaciones de santa Hildegarda de Bingen, las promesas contenidas en la Escritura y las vinculadas a la devoción al Corazón de Jesús. En nuestra opinión, son las promesas vinculadas a la Inmaculada y las vinculadas a la devoción al Sagrado Corazón las que realmente orientaron su pensamiento, y después trataría de encontrar estas mismas promesas en la Escritura y en la Tradición.

En primer lugar, las promesas vinculadas al culto al Sagrado Corazón. Las palabras de santa Margarita orientan de manera decisiva a Ramière a esperar el cumplimiento de esta esperanza, pues ella había dicho que el culto al Corazón de Cristo era «un último esfuerzo de su amor [...] para apartar a los hombres del imperio de Satanás y ponerlos en la dulce libertad del imperio de su amor»⁷. Ramière recuerda también las promesas del Señor a santa Gertrudis, en las que la santa afirmaba haber recibido del mismo Señor la revelación de que la devoción al Sagrado Corazón sería comunicada a la humanidad «en los últimos tiempos, a fin de volver a encender a la sociedad caduca en el calor del amor divino»⁸. Para Ramière, esta revelación a santa Gertrudis implica dos cosas: un desarrollo en el conocimiento de Jesucristo en los últimos tiempos, y una renovación de la sociedad humana como consecuencia de ello. De este modo, la contemplación del Sagrado Corazón «prepara el remedio al lado

4. Íd., p. 19-112.

5. Íd., p. 113-258.

6. Íd., p. 259-343.

7. SANTA MARGARITA MARÍA DE ALACOQUE, *Carta 133* en SAÉNZ DE TEJADA (ed.), *Vida y obras principales de santa Margarita María de Alacoque*, Madrid (Cor Iesu), 1977, .. 333-334.

8. RAMIÈRE, H., *Las esperanzas...*, p. 305.

del mal [...] y va a devolver a la sociedad envejecida el calor de la juventud»⁹, pues por medio de este culto, la religión cristiana va a ser capaz de restaurar las heridas de la sociedad actual, tanto en los incrédulos, dominados por el materialismo, como en los creyentes, dominados por el desaliento:

Por el conocimiento y el culto verdadero al Corazón de Jesús se acercará la sociedad a Dios; por este Corazón descenderán las bendiciones del Cielo a la tierra y los diferentes elementos que componen la humanidad [...], ahora divididos como miembros de un cuerpo hecho jirones, volverán a encontrar su unidad [...]. ¿Cómo se ha de alcanzar este fin? [...]. Nos importa mucho saberlo para cooperar con esta gran obra [...]. Salvará a todos los hombres encendiendo primeramente en algunas almas escogidas un ardiente amor a su Corazón, y haciéndoles encontrar en ese amor mismo un arma omnipotente para ganar los corazones de sus hermanos¹⁰.

En segundo lugar, las esperanzas vinculadas al dogma de la Inmaculada. Ramière cita aquí los escritos de san Luis María Grignon de Montfort, pero especialmente, el texto de la bula de la definición dogmática de Pío IX y que es el auténtico punto de partida de la esperanza de Ramière. El Papa había afirmado que, por el patrocinio de la Inmaculada, serán vencidos todos los errores y herejías de la Iglesia, ésta gozará de paz y libertad plenas, y logrará la unidad de los cristianos mediante «la vuelta de los extraviados» y la realización del deseo de Cristo de que se haga un solo rebaño y un solo pastor.¹¹ De estas afirmaciones magisteriales Ramière puede deducir que llegará un momento en la historia de triunfo de Cristo y de reconocimiento de su soberanía.

En tercer lugar, las promesas contenidas en la Escritura y la Tradición, Ramière las aborda, tanto en *Las esperanzas de la Iglesia*, como en otra, inédita, titulada *El triunfo de Jesucristo y de su Iglesia en la tierra*¹², más extensa. En estas obras estudia las promesas de plenitud de la Iglesia contenidas en la Carta a los Romanos, en los textos de Ezequiel y

Daniel y en el Apocalipsis. También estudia la doctrina de los Padres de la Iglesia acerca del Milenio. Su trabajo exegético concluye que se debe esperar un reconocimiento de la soberanía de Cristo por parte de todos los hombres, entendida en un sentido moral, de modo que queden superadas las herejías y los cismas, y todas las naciones se unan en la verdadera Iglesia, lo que provocará un tiempo de mayor paz y santidad en la Iglesia. También espera el cumplimiento de las profecías mesiánicas acerca de la conversión y restauración de Israel. Ramière en ningún momento comete excesos como negar la realidad del pecado o la superación de la concupiscencia o la economía sacramental en ese período. Ramière advierte de que este tiempo de plenitud de la Iglesia que no será una vuelta al Paraíso, sino una plenitud, «dentro de los límites que encierra la presente condición de nuestra naturaleza», por lo que nos parece infundada la acusación que incluye a Ramière entre los milenaristas.¹³ De hecho, el propio Ramière se distancia del milenarismo:

*Algunos han encontrado nuestra obra demasiado favorable al milenarismo. Y, sin embargo, hemos declarado y declaramos de nuevo que no admitimos en modo alguno los dos puntos que constituyen este error: a saber, la resurrección corporal de los santos, mil años antes del último día, y el reino visible de Jesucristo sobre la tierra durante estos mil años.*¹⁴

Podemos concluir que Ramière concibe todo su sistema espiritual ordenado a un fin: el triunfo de Cristo en la sociedad humana al final de los tiempos.

Podemos concluir que Ramière concibe todo su sistema espiritual ordenado a un fin: el triunfo de Cristo en la sociedad humana al final de los tiempos. Esta esperanza la recibe principalmente de las promesas vinculadas con el culto al Corazón de Cristo y con el dogma de la Inmaculada, y posteriormente trata de buscarlas también en la Escritura y en la Tradición, trabajo que continuarán después de él otros autores con más o menos acierto, y del que también nosotros nos consideramos herederos.

9. Íd., p. 312.

10. Íd., p. 314-317.

11. Pío IX, *Pontificis maximi Acta*, Pars prima, vol. I, Graz, 1971, p. 616-617.

12. H. RAMIÈRE, *El triunfo de Jesucristo y de su Iglesia en la tierra anunciado en las Sagradas Escrituras y preparado por los acontecimientos presentes* en PALOMAR, E., *El pensamiento político de Henri Ramière*. dos vols., Madrid (Universidad Pontificia de Comillas), 1991, Anexo III. Se puede acceder a esta obra en castellano únicamente a través del apéndice de esta tesis doctoral publicada en Madrid en 1991.

13. A. MATABOSCH, *La Iglesia y sus esperanzas. Algunas opiniones modernas acerca del porvenir de la Iglesia*, Barcelona (Casulleras), 1965, p. 167.

14. H. RAMIÈRE, *Les espérances de l'Église*, Paris-Lyon, 1861, p. XXVI. La cita y la traducción de este texto de la introducción de la primera edición de la obra está tomada del artículo de Canals, F. CANALS, *La doctrina escatológica del Vaticano II en el Catecismo de la Iglesia católica* en CRISTIANDAD 743-745 (1993), p. 29.

La divinización del cristiano. «Haced nuestro corazón semejante al vuestro»

JOSÉ IGNACIO ORBE HNSSC



EL Corazón de Jesús y la divinización del cristiano» es uno de los principales escritos del padre Ramière. El libro trata de investigar las causas y efectos de un misterioso proceso: la divinización, es decir, la eficaz influencia que el Corazón de Cristo ejerce en el corazón del cristiano. Ambos corazones están misteriosamente conectados como por una corriente continua de divinización. La obra trata de dar razón teológica a la profundidad espiritual de la devoción al Corazón de Jesús, según el encargo que el mismo Cristo confió a la Compañía de Jesús. Un *munus suavissimum* del cual, por otra parte, nos sentimos también partícipes en la revista CRISTIANDAD. En palabras del padre Ramière: «*La teología del Corazón de Jesús es la religión cristiana toda entera que, conducida al Corazón de Jesús como a su luminoso centro, se nos muestra en un aspecto mucho más atractivo*» (p. 269)

Estas palabras cuadran admirablemente con la obra que presentamos: en ella se ponen en relación todos los misterios de la vida cristiana con el Corazón de Jesús. Pero esta ingente tarea se realiza paso por paso. En su primera parte, el autor pone las pre-

misas que justifican su tesis fundamental. El padre Orlandis, «continuator de la obra del padre Ramière» en sus *Pensamientos y ocurrencias* la sintetizó así: «*El Corazón de Jesús es el centro de toda vida cristiana y espiritual, por ser fuente y origen de todas las gracias y dones que Dios hace al hombre, de todos los beneficios que le otorga en orden a su santificación y divinización.*» La segunda y tercera parte del libro trata de investigar los medios generales y particulares a través de los cuales se lleva a cabo este milagro.

Fundamentos

EN el momento de asentar las bases se propone un silogismo que funciona más o menos de la siguiente manera: Dios quiere que le demos gloria siendo divinizados, es decir, adoptándonos como hijos. Por otro lado, Dios quiere que le demos gloria por Jesucristo, el Verbo encarnado, es decir, incorporándonos a Cristo. *Ergo*, debemos conectar la divinización-adopción con la humanidad del Verbo, especialmente con el Corazón.

La cuestión tiene más miga de lo que parece a simple vista. El jesuita explica admirablemente cual es el fin de la creación entera: la gloria de Dios. Dios crea libremente y no por necesidad alguna, sino como puro acto de generosidad y difusión del bien que es Él mismo. Todo el orden de la creación está destinado precisamente a reproducir esta bondad de Dios y en eso consiste precisamente su bien. Pero además hay un orden superior y sobrenatural aún más gratuito: entre todas las criaturas, las racionales (hombres y ángeles) están destinados por encima de su misma capacidad natural, a compartir la felicidad propia de Dios, es decir a conocerle por su misma Luz (por su Verbo) y amarle con su mismo Amor (por su Espíritu). Esta glorificación sobrenatural del hombre tiene ya su adelanto en la tierra mediante la fe, esperanza y caridad. El cristiano vive ya la vida de Dios, conoce ya con el conocimiento divino por la fe, y ama desde ahora con un amor sobrenatural por la caridad. La gracia que se nos da a los cristianos en el camino hacia el Cielo es

en realidad el germen de la gloria a la que estamos destinados.

El proceso de divinización comienza con el acto de adopción. Según la naturaleza, nosotros tenemos para con Dios una relación de siervos, pero por la misericordia de Dios, hemos sido elevados a la condición de hijos. El padre Ramière da mucha importancia al adecuado entendimiento de esta verdad. No se trata simplemente de una adopción como se da entre los hombres; en nuestro caso, Dios nos infunde su misma vida por la gracia. La gracia es el medio a través del cual se nos concede la misma vida divina. De alguna manera somos hijos adoptivos a la vez que hijos naturales, por nuestras «venas espirituales» corre la misma «sangre» que por las de Dios.

Ahora bien, esta corriente de divinización que Dios quiere darnos tiene en su plan una especie de generador central: Jesucristo. En efecto, Él es además el conducto perfecto, a la vez Dios y hombre: *«para salvar la distancia que le separa del hombre puso un mediador, el Verbo encarnado, Jesucristo Nuestro Señor, en el cual están reunidas sin confundirse todas las perfecciones de la naturaleza humana y divina.»* (p.38) En Cristo el corazón de un hombre es el corazón del mismo Dios. Y por eso desde Él todos los corazones humanos pueden ser deificados. Esto añade una cualidad a nuestra adopción filial: por lo mismo que somos hijos de Dios somos también incorporados a Cristo, miembros de su cuerpo. Por esta comunión de naturaleza humana y de vida divina con Cristo se crea como un nuevo cuerpo, en el que Cristo es la cabeza de la humanidad divinizada. El autor hace sugestivas analogías con el cuerpo humano o los cuerpos sociales y el Cuerpo místico de Cristo; esta doctrina paulina tiene una especial importancia a sus ojos.

Así pues, es patente que Dios quiere divinizarlos, y que quiere hacerlo por medio de Cristo. La cuestión ahora es ¿por qué centrarnos en el *Corazón* de Cristo? Por un profundo motivo: la divinización es una obra de amor. O mejor, la mayor obra del amor (como dice san Ignacio: «el amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede, y así, por el contrario, el amado al amante»). Pero a la vez, esta hazaña del Amor de Dios ha querido realizarse a través del amor de uno de los nuestros. El corazón, en efecto, es el símbolo natural del amor, en el Corazón de Jesús se simboliza a la vez el amor humano y el amor divino con el que nos ama Jesús. Tanto el fin de nuestra divinización como la centralidad de Cristo en la economía salvadora son obra del inmenso amor de Dios a los hombres. Por eso el Corazón del Hombre-Dios puede muy bien sintetizar este proyecto salvador.

A partir de aquí toda la obra consiste en explicar cómo nos diviniza el Corazón de Cristo.

Medios generales

LA segunda parte se dedica a contemplar los misterios de la Encarnación y Redención desde esta nueva luz que nos da haber encontrado el centro y síntesis de toda la religión en el amor humano y divino. El padre Ramière desarrolla una admirable cristología y soteriología a la luz del Corazón de Cristo, aunque explica más extensamente cómo esa salvación es infundida en nuestra vida cristiana a través de la gracia. Para él la gracia es el vínculo vital que une nuestros corazones al Corazón de Jesús, como si fuera «nuestra común sangre sobrenatural».

El autor insiste con razón en señalar que en la obra de la divinización hay algo creado y algo increado. La gracia es primeramente algo creado: la naturaleza divina participada reproduce en el alma del cristiano una cualidad, un hábito que inhiere en la esencia misma del alma y desde allí sana y eleva también sus facultades. También el alma humana de Cristo estuvo llena de gracia, no en vano estaba máximamente unida al foco de la gracia que es Dios. Cristo por ser Dios es autor de la gracia que nos diviniza y siendo hombre, en la cruz, la ha merecido infinitamente para nosotros. San Juan nos dice que la humanidad de Cristo está «llena de gracia y de verdad» y san Pablo nos exhorta: «acerquémonos con confianza al trono de la gracia a fin de obtener de Él misericordia». Sin duda ese tro-

Es patente que Dios quiere divinizarlos, y que quiere hacerlo por medio de Cristo. La cuestión ahora es ¿por qué centrarnos en el Corazón de Cristo?

Por un profundo motivo: la divinización es una obra de amor.

no es el Corazón de Jesús, verdadera «fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna».

Pero todos los teólogos coinciden en señalar también un elemento increado en la obra de la divinización. La gracia no simplemente transforma nuestra alma dándole características de las que carecía, sino que por ella se nos da el mismo Dios. El padre Ramière explica esta relación entre el Corazón de Jesús y el Espíritu Santo. En efecto, en él mora plenamente el divino Espíritu y por otro lado por Él se difunde hacia nosotros. También para el padre Orlandis la devoción al Espíritu Santo se confundía con la devoción al Corazón de Cristo.

Medios particulares

LA tercera parte del libro conecta el Corazón de Jesús con todos los medios prácticos de nuestra divinización: sobre todo, los sacramentos. Un precioso repaso de la teología del Bautismo y Confirmación, Penitencia y Unción, Orden y matrimonio. Pero donde sobre todo se explaya la pluma

Una verdadera y genuina práctica de la devoción al Corazón de Jesús es el medio más indicado y seguro para nuestra santificación.

del ilustre jesuita es en la descripción de las relaciones entre el Corazón de Jesús y la Eucaristía. Distintos capítulos la presentan como comunión, sacrificio, presencia, alimento o prenda de vida eterna. El *sacramentum caritatis* por excelencia hace presente de una manera especialísima el Corazón de Cristo en su

Iglesia. De tal modo que podríamos decir que ambas devociones se unifican profundamente.

No se olvida el padre Ramière de vincular la devoción al Corazón de Cristo con conceptos teológicos tales como la justificación, el mérito y la gracia actual. En el fondo, su insistencia quiere hacer notar que en todo el proceso de divinización (ya sea pasando del pecado a la gracia, o en el aumento de gracia, y en cada acto sobrenatural) el Corazón de Jesús está continuamente obrando en nuestras almas, de tal manera que podemos decir que el Corazón de Jesús es el corazón del cristiano.

Como corolario práctico, se concluye que una verdadera y genuina práctica de la devoción al Corazón de Jesús es el medio más indicado y seguro para nuestra santificación. A mi modo de ver no es otra la idea que la piedad popular condensó en aquella jaculatoria: «Corazón de Jesús, haced nuestro corazón semejante al vuestro».

El reinado del Corazón de Jesús

El nombre de Jesús aproximaba ya a mi espíritu al gran Dios que, en su propia naturaleza, habita en una luz inaccesible. Al hacerse Jesús, descendió de sus alturas para abajarse al nivel de mi miseria. Pero cuando digo Corazón de Jesús, veo al Salvador, si es posible, más cerca de mí; miro en Él la manera con que quiere unirse a mí y cómo me invita a unirme a Él. Descubro en Él el principio inmediato de mi santificación. He aquí la razón por la cual preferimos pensar en el Corazón de Jesús y hablar del Corazón de Jesús, en vez de hacer simplemente a Jesucristo objeto de nuestros pensamientos y reflexiones. . .

Por eso, no decimos solamente el reinado de Jesucristo sino el reinado del Corazón de Jesús.

Tal expresión nos indica de antemano que el Hijo de Dios al descender al mundo para conquistar a la humanidad, no quiso establecer por la fuerza y el temor su imperio sobre nosotros, sino únicamente por el amor.

Para vencernos, no quiso este divino guerrero emplear más armas que su Corazón. Someter los pueblos por la fuerza es lo que hacen los conquistadores mortales; pero someterlos solamente con el poder del amor; (...) he aquí una empresa que sólo un Dios podía concebir. La ha concebido Jesucristo y desde hace dieciocho siglos está en vías de ejecución. Es la empresa que llamamos el reinado del Corazón de Jesús.

Enrique RAMIÈRE; *El reinado social del Corazón de Jesús*



El padre Ramière y el Concilio Vaticano I

GERARDO MANRESA

EN una época en que el naturalismo, el racionalismo y el liberalismo estaban haciendo estragos en la sociedad europea, el padre Ramière, el gran apologeta y apóstol del Sagrado Corazón del siglo XIX no podía mantenerse en silencio en la lucha contra estos errores y se manifestó en sus escritos con una total defensa de la postura de la Iglesia. Como consecuencia del incremento de dichos errores en la sociedad, el papa Pío IX quiso convocar un concilio para dejar sentada la doctrina de la Iglesia, pues desde Trento no se reunía la Iglesia en concilio y el Papa lo convocó para poner al día temas referentes a la vida de la Iglesia y también atacar los errores que estaban extendiéndose y como consecuencia de ello declarar la infalibilidad pontificia. La postura de la Iglesia en estos errores había quedado muy clara con la publicación del *Syllabus* y la encíclica *Quanta cura*, publicada en 1864, pero ciertos grupos de personas o escuelas, incluso católicas, no entendieron que ésta era una postura oficial de la Iglesia y discutieron su validez. El concilio se convocó en 1867 y se inauguró el día 8 de diciembre de 1869.

El padre Ramière, desde el primer momento, quiso participar con sus escritos en la defensa de las enseñanzas de la Iglesia, demostrando el verdadero espíritu ignaciano de sentir con la Iglesia. Él participó en el concilio como consejero teológico del obispo de Beauvais, pero quiso también estar presente con sus escritos para la difusión de la defensa de la doctrina de la Iglesia y para ello fundó un suplemento semanal de *El Mensajero del Corazón de Jesús*, *Le Bulletin du Concile*, en el que hacía frente a todos los errores que publicaban obispos, sacerdotes y teólogos sobre el tema que mayor impacto tuvo en el concilio: la infalibilidad pontificia. Dicho boletín apareció únicamente el tiempo que duró el concilio, desde diciembre de 1869 hasta julio de 1870, fecha en que bruscamente finalizó el Concilio por el ataque del ejército italiano a la Puerta Pía de Roma.

La defensa de la doctrina del magisterio de la Iglesia por el padre Ramière ante los que atacaban esta declaración fue muy intensa, especialmente a los dos principales oponentes franceses a esta definición, el obispo de Orleans, monseñor Dupanloup y el abate A. Gratry, que fue presbítero oratoriano y miembro de la Academia francesa, que escribía en nombre del decano de la Sorbona.

«El interés general de la Iglesia parece exigir que el santo Concilio, renovando y explicando el decreto del concilio de Florencia relativo al Romano Pontífice, establezca con palabras claras y que no den lugar a ningún género de dudas que la autoridad del Pontífice es soberana y por consiguiente exenta de error, en cuanto a las cuestiones relativas a la fe y a las costumbres, define, ordena a todos los fieles lo que deben creer y guardar y lo que deben rechazar y condenar».¹ Ésta era la postura del padre Ramière.

El anti-papismo

EL padre Ramière llama anti-papismo a la actitud adoptada por aquellos miembros de la Iglesia, obispos, monseñores y teólogos, que se enfrentaron a la mayoría de los obispos que eran favorables a la proclamación de la infalibilidad pontificia. También llama a esta actitud espíritu de cisma y de división. El abate Gratry, tergiversando el texto evangélico de Lc 22, 25, dice que los Apóstoles se peleaban para ver quién era el mayor, pero no reconoce que esto era para quitárselo a Pedro, a quien el Señor había nombrado. Con ello negaba la preeminencia del Romano Pontífice.

Ramière dice en su *Boletín* que: el ejército que pelea hoy contra la infalibilidad pontificia se compone de diversos batallones entre los que se han de distinguir tres grupos: anti-papismo racionalista, el anti-papismo liberal y el anti-papismo cesarista.²

El anti-papismo racionalista

EL primero, el racionalista, es el alma del partido e imprime a las otras facciones una dirección desde hace tiempo, secreta, pero hoy ya manifiesta. Su asiento principal son las universidades alemanas, católicas de nombre, pero, aunque hay gran número de profesores ortodoxos,

1. Padre RAMIÈRE, *Le Bulletin du Concile*, nº 27, 7 de enero de 1870

2. Padre RAMIÈRE, *Le Messager du Coeur de Jésus*, abril de 1870



Ignaz von Döllinger (1789-1890)



Auguste Joseph Alphonse Gratry (1805-1872)

queremos significar que han sido sustraídas a la dirección de la Iglesia y dominadas por el influjo de los gobiernos, han sido invadidas por un cierto espíritu innovador y rebelde, que es la antítesis del espíritu católico. Y algunos profesores han sido llevados al cisma o incluso a la incredulidad, otros han patrocinado diversos errores, condenados por la Santa Sede, como los hermenianos³, o los guntherianos⁴, pero, aunque después se hayan corregido,

3. Se llama hermenianismo a la doctrina de Georg Hermes, teólogo. Publicó en 1819 el primer tomo de una obra titulada: *Introducción a la teología cristiana católica*. Este primer tomo contenía la Introducción filosófica. El abad Achterfeldt publicó, en 1834, después de la muerte de Hermes, la continuación de esta obra bajo el título de *Dogmática cristiana católica*. El objeto que se propuso Hermes en esta obra fue demostrar filosóficamente la verdad del cristianismo. Hermes, haciendo abstracción de toda idea recibida y tradicional, ponía en práctica el método cartesiano en todo su rigor, partía de la duda para elevarse progresivamente con la ayuda de la reflexión y del raciocinio hasta verdades generales, y de aquí a las verdades cristianas. El arzobispo de Colonia, con apoyo del rey de Prusia, introdujo esta doctrina en la facultad de teología de la Universidad de Bonn. Esta doctrina fue condenada por Gregorio XVI por racionalista.

4. Antonio GÜNTHER, Sacerdote, filósofo y teólogo, principal representante con G. Hermes del semirracionismo. En torno a él cristalizó una escuela teológica: el güntherianismo. La subordinación de la fe a la razón y la consiguiente reducción de la teología a filosofía y relativización del dogma chocó con una fuerte oposición. Günther aceptó con ejemplar sumisión la decisión de Pío IX. Varios de sus discípulos pasaron a formar parte del cisma de los viejo-católicos; con ello el güntherianismo devino ideología preferida del viejo catolicismo.

no han dejado de producir malos frutos⁵. El principal impulsor de la oposición al dogma fue Ignacio Döllinger, sacerdote, profesor de historia y teología en la Universidad de Baviera y muy reconocido por todos los obispos alemanes, también muy valorado políticamente por los reyes de Baviera, llegando a ser canciller real de Luis II. Desde 1840, con motivo de su dependencia del rey, fue entrando en un nacionalismo alemán que impedía la libertad de la Iglesia alemana, y por su poca simpatía a los jesuitas y a la curia romana fue acercándose a las ideas liberales. El estúpido intento de «algunos fanáticos» de apoyar que se declarase dogma la infalibilidad pontificia, que él llama, el poder temporal del Papa, (*Dogmatisierung des Kirchenstaates*), alteró extraordinariamente a Döllinger. Varias universidades alemanas y austríacas le siguieron en su oposición a la declaración conciliar, apoyados por los poderes políticos de Austria y de Prusia. Se convenció firmemente de que la ciencia teológica sólo podía ser salvada por la Iglesia católica. Por ciencia teológica entendía la teología histórica. Gradualmente se le iba viendo como galicano en años anteriores a la declaración del dogma (1845-50). Tras la declaración del dogma pontificio, se separó de la Iglesia, a pesar de las insistencias del obispo de Múnich, y con él más de 40 profesores de la universidad y junto con otros grupos de católicos de otras universidades alemanas y de otros países, especialmente holandeses, se unieron a la llamada Iglesia de Utrecht y fueron llamados los vetero católicos.

5. P. RAMIÈRE, *Le Bulletin du Concile*, n.º 11, 24 de febrero de 1870

El anti-papismo liberal

EL anti-papismo liberal tiene en Francia su cuartel general y es su programa el que presenta el abate Gratry, en nombre de la Universidad de la Sorbona y de su decano, monseñor Maret. Al tiempo que los colegas alemanes se afanan por conciliar la fe cristiana con el naturalismo científico, los liberales franceses quisieran establecer alianza entre la política de la Iglesia y el naturalismo social. Ambos, alemanes y franceses, no comprenden que la esencia del naturalismo es rechazar lo sobrenatural e igualmente que la esencia de la fe cristiana consiste en negar la independencia del orden natural. A pesar de que la Iglesia ha reprobado sus doctrinas, afirman con imperturbabilidad portentosa que no entrará en el camino del progreso hasta el día que los tomen por guía. Esto se ve claramente en la carta del obispo de Orleans, Mgr. Felix Albert Dupanlup, al arzobispo de Malinas, Mgr. Engelbert Sterckx: *Reunamos un gran concilio, desarrollamos las vivas y fecundas fuerzas de la Iglesia...; desvanecemos, al fin, por medio de declaraciones categóricas, precisas y formales, las confusiones y malas inteligencias que tanto daño nos causan. Así únicamente haremos que vuelva a nosotros el siglo que nos deja; así y solo así, lograremos salvar a la sociedad que está gritando socorro con todas las voces, de sus dolores y de sus peligros.* Estas líneas muestran claramente la intención de todo el movimiento anti-papista liberal, con el que se afirma que únicamente adaptándose al mundo moderno puede salvarse la Iglesia, contraviniendo las condenas que formuló el *Syllabus* y la encíclica *Quanta cura* unos años antes (1864). Debe añadirse que alrededor de la cátedra de san Pedro en 1867, se reunieron quinientos obispos, con motivo del centenario del martirio del apóstol san Pedro, aclamando la infalibilidad personal del Papa y monseñor Dupanlup estaba entre ellos. ¿A qué prelado Dupanlup hemos de creer: a éste o al que opina sobre la inoportunidad de la declaración? Aunque esta era la razón principal para que Mgr. Dupanlup se pusiera en una actitud contraria a la infalibilidad pontificia, la excusa simple era la inoportunidad de la declaración en aquel momento.

No acaban aquí los argumentos que el galicanismo opuso al dogma de la infalibilidad, pues, apoyándose en una falsedad, afirmó con vehemencia que el Romano Pontífice no tenía la garantía de la infalibilidad dada por el mismo Cristo, pues la Iglesia había condenado como hereje al papa Honorio. El concilio demostró la falsedad de esta afirmación declarando que nunca la Iglesia declaró hereje al papa Honorio, sino, que, en una carta privada a Ser-

gio, obispo de Constantinopla, dejó de enseñar, por debilidad, las dos voluntades de Cristo. La Iglesia, por el papa León II, condenó esta actitud, pues creó una situación por la que muchos cristianos podían caer en error, pero no fue una enseñanza *ex cátedra*, sino una carta privada a un obispo. El abate Gratry era hombre muy amigo de la conciliación, enemigo de los anatemas, que se reunía en concilio con pastores protestantes, rabinos judíos e incrédulos declarados, pero fue el encargado de fulminar con la excomunión a los miembros del concilio ecuménico. Afirma, dicho Abate, que todos los que aprueben la herejía de la infalibilidad «habrán incurrido en excomunión *ipso facto*» y «darán de ello cuenta en el tribunal de Dios»⁶, pero también afirma que hay muchos de buena fe que han sido engañados. Pero no acaba aquí la acusación de Gratry, sino que incluye en ella a «todos los que creen en la infalibilidad, que han sido educados en una escuela del error, de la que no salva ni a santos canonizados, ni papas, ni la inmensa mayoría de doctores, obispos y fieles». El padre Ramière polemiza con él y le acusa de no revelar quienes son los causantes de tanto daño en la Iglesia, y Ramière concluye que si todas las falsedades que creen los papas y todos los que le rodean fueran verdad, toda la Iglesia sería una falsedad. Con relación al tema de la herejía del papa Honorio y las acusaciones que formula Gratry, el padre Ramière publicó un folleto titulado *El abate Gratry, el papa Honorio y la sinceridad de*

El movimiento anti-papista liberal afirma que únicamente adaptándose al mundo moderno puede salvarse la Iglesia contraviniendo las condenas que formuló el Syllabus y la encíclica Quanta cura unos años antes (1864).

la Iglesia romana, que trata sobre todo de los tres puntos que más directamente ataca el Abate: 1º- La calumnia sobre el papa Honorio, 2º- La condena de los concilios y de los papas a Honorio como hereje y 3º- La calumnia sobre todo a la Iglesia Romana atribuyéndole un fraude para ocultar un hecho poco favorable a la exaltación de sus prerrogativas. Una vez lo demuestre, concluye que el abate Gratry es culpable de una gran injusticia y, en segundo lugar, que el abate Gratry nunca sería reprobado con suficiente energía por haber arrastrado tras él a todos sus partidarios.

6. P. RAMIÈRE, *Le Bulletin du Concile*, nº 9, 10 de febrero de 1870

El anti-papismo cesarista

FINALMENTE, el anti-papismo liberal se ha alineado con el anti-papismo cesarista. Es decir, que los campeones de la libertad, que han consagrado su existencia a luchar contra todos los despotismos y a maldecir de la sujeción de la Iglesia por el Estado se hallan de pronto de acuerdo con los que se muestran decididos a confiscar la independencia de la Iglesia por el Estado. El estado prusiano es el enemigo más encarnizado que tiene la libertad de la Iglesia en Alemania y reinos colaterales. Este gobierno, el más déspota y opresor de Europa, está torturando a la Iglesia en Polonia haciendo difundir los escritos anti-papistas liberales e impidiendo las refutaciones católicas. También el gobierno austriaco, católico, se opone a la aprobación de esta decla-

El anti-papismo liberal se ha alineado con el anti-papismo cesarista. Los campeones de la libertad, se hallan de pronto de acuerdo con los que se muestran decididos a confiscar la independencia de la Iglesia por el Estado.

ración y acabará rompiendo el concordato. A expensas del Pontífice, estos dos bandos anti-papistas, que entre ellos se oponen, celebran como lo hicieron Herodes y Pilatos, a expensas de Jesucristo, una alianza muy instructiva: el odio hacia la soberanía pontificia ¿puede destruir las contraposiciones más pronunciadas? No lo creemos, dice el P. Ramière, sino que nos vemos obligados a recurrir al influjo sobrehumano del gran cizañero y autor de discordias, el enemigo infernal de la unidad.

La votación de la infalibilidad y el fin del galicanismo

EL 13 de julio, se votó la constitución dogmática con resultados: 451 placet, 88 non placet, 62 placet iuxta modum y 50 no se presentaron a la votación. El 18 de julio se votó de nuevo la constitución y obtuvo 533 votos a favor de 535 aun cuando fue solicitado el cambio del título del capítulo y de *De Romani Pontificis infallibilitate* quedó en *De Romani Pontificis infallibili magisterio*. 55 padres conciliares enviaron una carta al Papa comunicándole su decisión de no participar en esa sesión: estos obispos se retiraron inmediatamente de Roma.

Una de las razones que exponían los opositores a la declaración de la infalibilidad era el obstáculo

que ella pondría a las conversiones de los protestantes y otras religiones, pero las siguientes palabras del diario protestante *Saturday Review* son muy notables: «*No se honran mucho los que se aplican a demostrar la inoportunidad en definir las proposiciones del Syllabus. Hacer consistir el ganar la batalla en no perder una tan secundaria posición, es casi confesarse vencido. Si la infalibilidad del Papa es una verdad también es otra verdad el Syllabus y esas dos verdades son de una importancia harto capital y de un interés demasiado vital para el mundo cristiano para que se las ponga debajo del celemin, debido a un error pusilánime de las complicaciones a que pudiesen dar margen una animosa declaración.*»⁷

Otro periódico inglés, *Pall mall Gazette*, se encargó de contestar el 11 de enero del 1870 con estas palabras textuales: *El dogma de la infalibilidad pontificia facilitaría el ingreso de gran número de convertidos en el seno de la Iglesia católica.*⁸

Dice el padre Ramière en su boletín del concilio: *El galicanismo, que ve llegada su última hora, se entrega desesperadamente para hacer imposible el arrepentimiento de sus víctimas, pues el Concilio está lleno de vida, a Dios gracias, a despecho de la oposición de los hombres y de la opinión del Infierno; la hora próxima no será la postrera, sino para el mortífero error que semejante a una víbora, mordía el seno de la Iglesia, disminuía sus fuerzas y viciaba la enseñanza de sus doctores, pero al sentir el reptil sobre su cabeza la planta de la Iglesia, se agita en convulsión suprema y derrama todo su veneno.*⁹

Con la proclamación solemne de la Constitución del Romano Pontífice todos los católicos tienen una regla suprema de autoridad y nos hemos de considerar dichosos de aceptar este yugo y someterse a lo prescrito y ordenado de una manera legítima. Cuando las pasiones se calmaron se empezaron a recoger estos preciosos bienes que fueron los frutos de este concilio, que acabó muy bruscamente por causa del ataque del reino de Italia a la Puerta Pía de Roma. Esta prerrogativa concedida a Pedro por el divino Fundador le era necesaria al Vicario de Cristo para el ejercicio del supremo magisterio.

7. P. RAMIÈRE, *Le Bulletin du Concile*, n° 9, 10 de febrero de 1870

8. P. RAMIÈRE, *Le Bulletin du Concile*, n° 27, 7 de enero de 1870



NUESTRA PATRIA ES EL CIELO

El propósito de la revista a lo largo de este año será incidir en la importancia de la contemplación en la vida eterna con el fin de robustecer nuestra fe, de alentar nuestra esperanza y perfeccionar nuestro amor a Dios. En estos tiempos de tribulación nuestra mirada se ha de poner en el Cielo, pues el deseo de poseer a Dios eternamente nos dará ánimos en el combate y fuerza para resistir en la tentación. En los sucesivos números irán publicándose escritos de santos, diferentes publicaciones, comentarios al Catecismo... que reflexionan sobre la vida eterna y el deseo del Cielo.

«Os anunciamos la vida eterna» (1 Jn 1, 2)

*Extraído parcialmente de la segunda predicación de adviento 2020
del padre Raniero Cantalamessa*

PARA los cristianos, la fe en la vida eterna no se basa en argumentos filosóficos discutibles sobre la inmortalidad del alma. Se basa en un hecho preciso, la resurrección de Cristo, y en su promesa: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas. [...] Voy a prepararos un lugar. Cuando vaya y os haya preparado un lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros» (Jn 14, 2-3). Para nosotros, los cristianos, la vida eterna no es una categoría abstracta, es más bien una persona. Significa ir a estar con Jesús, «hacer cuerpo» con Él, compartir su estado de resucitado en la plenitud y en la alegría de la vida trinitaria: «*Cupio dissolvi et esse cum Christo*», decía san Pablo a sus queridos Filipenses: «Deseo dejar esta vida para ir a estar con Cristo» (Flp 1,23).

Un eclipse de fe

PERO, ¿qué le ha sucedido –nos preguntamos– a la verdad cristiana de la vida eterna? En nuestro tiempo, dominado por la física y la cosmología, el ateísmo se expresa sobre todo como negación de la existencia de un creador del mundo; en el siglo XIX, se expresó con preferencia en la negación de un más allá. Hegel había afirmado que «los cristianos desperdician en el Cielo las energías destinadas a la tierra»¹. Recogiendo esta crítica, Feuerbach y sobre todo Marx lucharon contra la creencia en una vida después de la muerte, afirmando que aliena del compromiso terreno. La idea de una supervivencia personal en Dios es reemplazada

por la idea de una supervivencia en la especie y en la sociedad del futuro. Poco a poco, con la sospecha, sobre la palabra «eternidad» cayeron el olvido y el silencio.

La secularización ha hecho el resto, hasta el punto de que incluso parece inconveniente que todavía se hable de eternidad entre personas cultas y en consonancia con los tiempos.

Todo esto ha tenido un claro impacto en la fe de los creyentes. En este punto, se ha hecho tímida y reticente. ¿Cuándo hemos escuchado la última predicación sobre la vida eterna? El filósofo Kierkegaard tenía razón: «El más allá se ha convertido en una broma, en una necesidad tan incierta que no sólo ya nadie la respeta, sino que, más aún, nadie la expone. Hasta el punto de que incluso uno se divierte pensando que hubo un tiempo en que esta idea dio forma a toda la existencia»². Seguimos recitando en el Credo: «Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro», pero sin dar demasiado peso a estas palabras. La caída del horizonte de la eternidad tiene sobre la fe cristiana el efecto que tiene la arena arrojada sobre una llama: la sofoca, la apaga.

¿Cuál es la consecuencia práctica de este eclipse de la idea de eternidad? San Pablo refiere el propósito de los que no creen en la resurrección de los muertos: «Comamos, bebamos, muramos mañana» (1 Cor 15,32). El deseo natural de vivir siempre, distorsionado, se convierte en deseo, o frenesí, de vivir bien, es decir, placenteramente, incluso a expensas de los demás, si es necesario. Toda la tierra se convierte en lo que Dante Alighieri dijo sobre la Italia de su tiempo: «el parterre que nos hace tan

1. Cf. G.W.F. HEGEL, *Frühe Schriften*, 1, en *Gesammelte Werke*, 1 (Hamburgo 1989) 372.

2. S. KIERKEGAARD, *Postilla final no científica*, II, cap. 4.



Jesús con la samaritana (Alonso Cano)

feroces»³. Una vez que el horizonte de la eternidad ha caído, el sufrimiento humano parece doble e irremediablemente absurdo. El mundo se parece a «un hormiguero que se desmorona», y el hombre a «un diseño creado por la ola en la orilla del mar que la ola siguiente borra».

Fe en la eternidad y evangelización

LA fe en la vida eterna constituye una de las condiciones de posibilidad de la evangelización. «Pero si Cristo no ha resucitado, — escribe el Apóstol— vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe... Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo solo en esta vida, somos los más desgraciados de toda la humanidad» (1 Cor 15,14.19). El anuncio de la vida eterna constituye la fuerza y el mordiente de la predicación cristiana. Veamos lo que sucedió en la primerísima evangelización cristiana. La idea más antigua y más difundida en el paganismo grecorromano era que la vida verdadera termina con la muerte; después de ella

sólo hay una existencia de gusanos, en un mundo de sombras, evanescentes e incoloras.(...)

Al anunciar la vida eterna podemos servirnos de nuestra fe y también de su correspondencia con el deseo más profundo del corazón humano. De hecho, somos «seres finitos capaces de infinito» (*ens finitum, capax infiniti*), seres mortales con un anhelo secreto de inmortalidad.

No aman verdaderamente la vida aquellos que la disfrutan, día a día, sin importarles saber si tendrán que perderla por completo o no». San Agustín decía lo mismo: «¿De qué sirve vivir bien, si no se da el vivir siempre?»⁴. «Todo, excepto lo eterno, es vano en el mundo», cantó uno de nuestros poetas⁵. A los hombres de nuestro tiempo que cultivan en lo profundo del corazón esta necesidad de eternidad, sin tal vez tener el valor de confesarlo incluso a sí mismos, les podemos repetir lo que Pablo decía a los atenienses: «Lo que veneráis sin conocerlo, yo os lo vengo a anunciar» (cf. Hch 17, 23).

4. SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el evangelio de Juan*, 45, 2: PL 35,1720.

5. A. FOGAZZARO, «A Sera», en *Le poesie* (Mondadori, Milán 1935) 194-197.

3. Paraíso, XXII, 151.

La fe en la eternidad como medio de santificación

UNA fe renovada en la eternidad no nos sirve sólo para la evangelización, es decir, para que el anuncio que hay que hacer a los demás; nos sirve, antes todavía, para imprimir un nuevo impulso a nuestro camino de santificación. Su primer fruto es hacernos libres, no apegarnos a las cosas que pasan: aumentar el propio patrimonio o el propio prestigio.

Imaginemos esta situación. Una persona ha sido desalojada y debe abandonar su casa en breve. Afortunadamente, se le presenta la posibilidad de tener un nuevo hogar de inmediato. ¿Qué hace? ¿Gasta todo su dinero para modernizar y embellecer la casa que tiene que dejar, en lugar de amueblar aquella a la que tiene que ir! ¿No sería de tontos? Ahora bien, todos somos «desalojados» en este mundo y nos parecemos a ese hombre necio si sólo pensamos en embellecer nuestra casa terrena, sin preocuparnos por hacer obras buenas que nos sigan después de la muerte.

El enfriamiento de la idea de eternidad actúa sobre los creyentes, disminuyendo en ellos la capacidad de afrontar con valentía el sufrimiento y las pruebas de la vida. Debemos redescubrir parte de la fe de san Bernardo y de san Ignacio de Loyola. En toda situación y ante cada obstáculo, se decían a sí mismos: «*Quid hoc ad aeternitatem?*», ¿qué es esto frente a la eternidad?

Así somos cuando perdemos la medida de todo lo que es la eternidad: las cosas y los sufrimientos terrenales arrojan fácilmente nuestra alma a tierra. Todo nos parece demasiado pesado, excesivo. Jesús decía: «Si tu mano es un obstáculo para ti, córtala; si tu ojo es un obstáculo para ti, sácatelo; es mejor entrar en la vida con una mano o un ojo, en lugar de ser arrojado con ambos al fuego eterno» (cf. Mt 18,8-9). Pero nosotros, habiendo perdido de vista la eternidad, ya encontramos excesivo que se nos pida que cerremos los ojos a un espectáculo inmoral, o que llevemos en silencio una pequeña cruz.

San Pablo se atreve a escribir: «Pues la leve tribulación presente nos proporciona una inmensa e incalculable carga de gloria, ya que no nos fijamos en lo que se ve, sino en lo que no se ve; en efecto, lo que se ve es transitorio; lo que no se ve es eterno» (2 Cor 4,17-18). El peso de la tribulación es «ligero» precisamente porque es momentáneo, el de la gloria es desproporcionado precisamente porque es eterno. Por eso el mismo Apóstol puede decir: «Creo que los sufrimientos del tiempo presente no son proporcionados a la gloria que se manifestará en nosotros» (Rom 8,18). De hecho, «esas cosas que ni ojo vio, ni oído oyó, ni entraron nunca en el corazón del hombre, Dios las preparó para los que lo aman» (1 Cor 2,9).

Muchos preguntan: «¿En qué consistirá la vida eterna y qué haremos todo el tiempo en el Cielo?». La respuesta está en esas palabras apofáticas del Apóstol: «Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman, Pues, ¿quién conoce lo íntimo del hombre, sino el espíritu del hombre, que está dentro de él?» (1 Cor 2,9.11). Si es necesario balbucear algo, diremos que viviremos inmersos en el océano sin orillas y sin fondo del amor trinitario. «Pero, ¿no nos aburriríamos?» Preguntemos a los verdaderos amantes si están aburridos en el apogeo de su amor y si no preferirían más bien que ese momento durara siempre.

La eternidad: una esperanza y una presencia

ANTES de terminar, debemos disipar una duda que pesa sobre la creencia en la vida eterna. Para el creyente, la eternidad no es sólo una promesa y una esperanza, o, como pensaba Karl Marx, un volcar en el Cielo las expectativas decepcionadas de la tierra. Es también una presencia y una experiencia. En Cristo «la vida eterna que estaba junto al Padre se hizo visible». Nosotros –dice Juan–, la hemos oído y visto con nuestros propios ojos, contemplado y tocado (cf. 1 Jn 1,1-3).

Con Cristo, Verbo encarnado, la eternidad ha irrumpido en el tiempo. Lo experimentamos cada vez que hacemos un verdadero acto de fe en Cristo, porque quien cree en Él ya posee la vida eterna (cf. 1 Jn 5,13); cada vez que recibimos la comunión, porque en ella «se nos da la promesa de la gloria futura»; cada vez que escuchamos las palabras del Evangelio, que son «palabras de vida eterna» (cf. Jn 6,68). Santo Tomás de Aquino dice que «la gracia es el comienzo de la gloria»⁶.

Esta presencia de la eternidad en el tiempo se llama Espíritu Santo. Se le define como «las arras de nuestra herencia» (Ef 1,14; 2 Cor 5,5), y se nos ha dado porque, habiendo recibido las primicias, anhelamos la plenitud. «Cristo –escribe san Agustín–, nos dio las arras del Espíritu Santo con las que él, que en cualquier caso no podría engañarnos, quiso asegurarnos del cumplimiento de su promesa. ¿Qué prometió? Prometió la vida eterna cuyas arras son el Espíritu que nos dio»⁷.

Entre la vida de fe en el tiempo y la vida eterna hay una relación análoga a la que existe entre la vida del embrión en el seno materno y la del niño que ha sido dado a luz. El gran teólogo bizantino medieval Nicolas Cabasilas escribe:

6. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, II^a-II^{ae}, q.24, a.3, ad 2.

7. SAN AGUSTÍN, *Sermo 378*, 1: PL 39,1673.

«Este mundo alumbró al hombre interior, al hombre nuevo, creado según Dios, y una vez configurado y formado perfecto aquí abajo, nace para un mundo perfecto e interminable. La naturaleza prepara el embrión, mientras vive en tinieblas de noche, para la vida en un mundo de luz. Y la naturaleza le va dando forma tomando por modelo la existencia que le recibirá. Es también lo que ocurre en los santos [...]. Con esta diferencia: el embrión no tiene conocimiento alguno de esta vida, y a los santos se les clarean ya en la existencia terrena muchas cosas del futuro. Aquél no goza aún de una vida, que le es totalmente futura, ni un rayo de luz penetra en las tinieblas del seno materno, ni ha gustado nada de lo que esta vida constituye. No pasa así con nosotros: fundidos y fusionados futuro y presente [...]. No sólo se concede a los santos disponerse y prepararse para la Vida; se permite vivir y obrar desde ahora conforme a ella».⁸

Hay una historieta que ilustra esta comparación de la gestación y el nacimiento y me permito contarla en su simplicidad. Había dos gemelos, un niño y una niña, tan inteligentes y precoces que, aún en el vientre de su madre, ya hablaban entre sí. La niña le preguntaba a su hermanito: «¿Crees que habrá una vida después del nacimiento?» Él respondía: «No seas ridícula. ¿Qué te hace pensar que haya algo fuera de este espacio estrecho y oscuro en el que estamos?» La niña, envalentonada: «Quién sabe, tal vez haya una madre, alguien que nos ha puesto aquí y que nos cuidará». Y él: «¿Ves tú a una madre en alguna parte? Lo que ves es todo lo que hay». Ella dijo de nuevo: «¿Pero no sientes a veces como una presión en tu pecho que aumenta de día a día y nos empuja hacia adelante?» «Pensándolo bien –respondía él–, es verdad; la siento todo el tiempo». «Mira –concluía triunfante la hermanita– este dolor no puede ser por nada. Creo que nos está preparando para algo más grande que este pequeño espacio». La Iglesia debería ser esa niña que ayuda a los hombres a tomar conciencia de su anhelo inconfesado y a veces incluso ridiculizado.

Debemos desmentir también absolutamente la acusación de la que ha partido la sospecha moderna contra la idea de la vida eterna: aquella según la cual la expectativa de la eternidad distrae del compromiso con la tierra y del cuidado de la creación. Antes de que las sociedades modernas asumieran la tarea de promover la salud y la cultura, de mejorar el cultivo de la tierra y las condiciones de vida del pueblo, ¿quién ha llevado a cabo estas tareas más y mejor que ellos –los monjes en primera línea– que vivían de fe en la vida eterna?

Pocos saben que el *Cántico de las Criaturas* de Francisco de Asís nació de una sacudida de fe en la

vida eterna. Así describen las fuentes franciscanas la génesis del cántico. Una noche que Francisco estaba sufriendo particularmente por sus muchas y muy dolorosas enfermedades, dijo en su corazón: «¡Señor, ven al rescate de mis enfermedades, para que pueda soportarlas con paciencia!» Y de inmediato se le dijo en espíritu: «Francisco, dime: si uno, en compensación por tus enfermedades y sufrimientos, te diera un gran tesoro precioso, ¿no considerarías como nada, en comparación con ese tesoro, la tierra y las piedras y las aguas? ¿No serías muy feliz por ello?». Francisco respondió: «Señor, esto sería un tesoro verdaderamente grande e incomparable, precioso, amable y deseable». La voz concluyó: «Entonces, sé feliz y exultante en tus enfermedades y tribulaciones; a partir de ahora vive en la serenidad, como si ya estuvieras en mi Reino».

Al levantarse por la mañana, Francisco dijo a sus compañeros: «Debo disfrutar mucho ahora en medio de mis males y penas, y dar siempre gracias a Dios por la gracia y la bendición tan grandes que se me ha conferido. De hecho, se ha dignado en su misericordia darme a mí, su pequeño siervo indigno que aún vive aquí abajo, la certeza de poseer su Reino eterno. Por tanto, quiero componer para alabanza suya, para consuelo mío y para edificación del prójimo una nueva alabanza del Señor por sus criaturas. Cada día usamos las criaturas y sin ellas no podemos vivir. Cada día nos mostramos ingratos por este gran beneficio y no alabamos por ello como deberíamos a nuestro Creador...». Sentándose, se concentró un momento y empezó a decir: «Altísimo, omnipotente, bondadoso Señor...»⁹. El pensamiento de la vida eterna no le había inspirado despreciar este mundo y las criaturas, sino un entusiasmo y gratitud aún mayores por ellos y había hecho que el dolor actual fuera más llevadero para él.

Nuestra meditación hoy sobre la eternidad ciertamente no nos exime de experimentar con todos los demás habitantes de la tierra la dureza de la prueba que estamos experimentando; sin embargo, al menos debería ayudarnos a los creyentes a no sentirnos abrumados por ella y a ser capaces de infundir valor y esperanza incluso en aquellos que no tienen el consuelo de la fe.

Terminemos con una hermosa oración de la liturgia: «Oh, Dios, que unes los corazones de tus fieles en un mismo deseo, concede a tu pueblo amar lo que prescribes y esperar lo que prometes, para que, en medio de las vicisitudes del mundo, nuestros ánimos se afirmen allí donde están los gozos verdaderos».¹⁰

9. Leyenda de Perusa, 43.

10. Oración colecta del domingo XXI del Tiempo ordinario.

8. N. CABASILAS, *Vita in Christo*, I, 1-2 [trad. esp. *La vida en Cristo* (Rialp, Madrid 1999)].



HACE 75 AÑOS

IBÓN ELOSEGUI

HACE 75 años la revista CRISTIANDAD recogía entre sus páginas el discurso que el papa Pío XII (1939-1958) dirigía a los universitarios recién graduados de la Acción Católica. El Papa, consciente de la transformación que había sufrido el mundo del trabajo, les ponía sobre aviso de que «El tan glorificado placer del trabajo se transformó, cada vez más, en el amargo lamento de una ocupación sin alma, casi mecánica, más o menos forzada, en la fastidiosa monotonía de los días, siempre iguales, en la repetición de gestos siempre uniformes, vacíos de pensamiento».

¿De dónde procede esta falta de ilusión por el trabajo que parece se extiende de manera más o menos grave sobre todos los trabajadores, independientemente de cuál sea su ocupación?

¿Cómo inculcar a los trabajadores y a los jóvenes universitarios una ilusión por el trabajo bien hecho, más allá de la simple remuneración económica que el trabajo trae consigo?

A todas estas cuestiones responderá el Papa en su discurso.

El valor redentor del trabajo

Discurso del Papa a los universitarios católicos (6 de enero de 1946)

BIENVENIDOS seáis, amados hijos de la sección de «Graduados de Acción Católica», que estos días os habéis reunido en Congreso Nacional para emprender con bríos nuevos vuestro trabajo, penosamente interrumpido por la guerra. Con bríos nuevos hemos dicho, pero también con nueva y más poderosa eficacia, gracias a la especificación de vuestras actividades, sin perjuicio de la unidad, según las diferentes profesiones que representáis; profesores de instituto, técnicos, juristas, profesores de Universidad, médicos y artistas.

Es digna de todo elogio esta idea vuestra, porque, de la misma manera que es natural que la vida en un espacio mismo una a los hombres que allí habitan en un barrio o en un ayuntamiento, así es cosa normal que también la actividad común, ejercitada por ellos continuamente al servicio de las necesidades múltiples de la sociedad, igualmente les junte. Ahí está la historia para demostrar que tales uniones profesionales, bajo diversos aspectos, formas y nombres, han producido frutos preciosos, tanto para el bien de la sociedad como en interés de cada uno de sus miembros. Y tanto más ha sido y se repetirá el caso cuando la unión se funda en el más profundo y sólido fundamento de la vida y tiende al fin más alto, según las enseñanzas de la fe católica.

Sin embargo, no todos han reconocido esta verdad y esta experiencia. Más bien, no son raros los que sistemáticamente la rechazan. Desean una cul-

tura completamente separada de la religión, y unas profesiones completamente independientes de todo principio sobrenatural. El prestigio deslumbrador de los progresos materiales conseguidos en todos los campos, especialmente de un siglo para acá, ha sido ocasión de estos funestos prejuicios. Hasta se ha querido sostener que la fe cristiana, por el hecho mismo de que eleva el ideal de la vida humana más allá y por encima de este mundo que se ha de acabar, debilita las energías para el trabajo, priva al trabajo mismo de todo entusiasmo y de toda alegría y quita a las diversas profesiones todo valor propio intrínseco y toda nobleza.

A pesar de eso, ya desde hace mucho y antes todavía de la otra guerra, todo el que sabía tener abiertos los oídos ante este mundo del trabajo, que conscientemente procuraba destacarse cada vez más de la religión, podía percibir, entre el ruboroso concierto de un afectado optimismo, notas discordantes y vibraciones profundas. La tan decantada energía del trabajo fue degenerando cada vez más y convirtiéndose en precipitación, en agitación febril de un hombre que no sabe de nada. (...)

El tan glorificado placer del trabajo se transformó, cada vez más, en el amargo lamento de una ocupación sin alma, casi mecánica, más o menos forzada, en la fastidiosa monotonía de los días, siempre iguales, en la repetición de gestos siempre uniformes, vacíos de pensamiento. Y cómo habría podido ser diversamente cuando faltaba el principio de toda grandeza, de toda belleza, de toda alegría, que es Dios. Dios, infinita bienaventuranza; Dios que, precisamente por

eso, es el único que puede convertir en grande nuestra más humilde acción, en bello nuestro más austero deber y en alegre nuestro más duro trabajo.

Finalmente, el valor intrínseco de cada una de las profesiones que se había querido destacar de todo vínculo con el fin último del hombre y que se quería exaltar como un nuevo descubrimiento, se derrumbó igualmente. ¿Y por qué? Porque el andar del tiempo, los progresos de la ciencia y de la experiencia, renegando todo fundamento metafísico y suscitando siempre nuevos problemas, empujaba hacia sombras cada vez más espesas en el misterio de una respuesta que fuera suficiente para aquellas cuestiones vitales. ¿De dónde, para qué? A falta de un nudo central que las uniera y las coordinase en su campo de acción, las diversas profesiones convertidas «en todo en sí mismas» se quedaron sin unión recíproca, perdieron su dignidad, su belleza y su consuelo íntimo, porque se había echado al olvido el valor supremo de la vida humana que todo lo vivifica y todo lo une. Es decir, la más perfecta semejanza posible con Dios, que es el bien más elevado y, por consiguiente, la fuente y la unidad de todos los demás valores.

Una triste confirmación de la verdad del cuadro que estamos pintando de la cultura laica la hallamos en el hecho de que no pocos ni ven, ni encuentran ya en el ejercicio de su profesión, en su trabajo ordinario, el centro de su interés, y como el hogar de su vida sobre la tierra, sino que andan siempre en busca de distracciones, de diversiones y de pasatiempos en sus horas libres. Por eso el mundo entero está lleno de estos hombres aburridos, escépticos, divididos entre dos vidas incoherentes. Bien distintos eran nues-

tros padres que con su fe, su esperanza y su amor, ponían su meta en el más allá, y por eso elevaban al cielo las agujas de sus catedrales y hacían subir a lo alto las bóvedas de sus templos, y, a pesar de todo, vivían, en realidad, sobre esta tierra una vida ordinariamente más tranquila, más firme, más perseverante, más enérgica y también más alegre; trabajaban con la mente y con el brazo y, a pesar de todos los sufrimientos, eran más felices en este mundo que tantos contemporáneos nuestros, hijos de una civilización más llena en tiempos ordinarios, de todas las comodidades de la vida, pero incomparablemente más pobres por estar más alejada de Dios y porque las exigencias y las aspiraciones hacia el bienestar aumentan con rapidez mayor que los medios para satisfacerlas. En esta civilización, por encima de las fábricas gigantescas, de los magníficos palacios de los bancos, de los grandiosos almacenes, de las ricas bibliotecas, de las amplias clínicas, de los suntuosos teatros, de los espaciosos campos de deporte, no se ve levantarse la catedral moderna como símbolo del insustituible e indispensable valor total de la vida humana. Y así se comprende por qué, aun entre los que viven entre tantas grandezas, se encuentran constantemente tanta tristeza, tanta indolencia, tanto descontento, tanta superficialidad y tanta ligereza.

Gracias a Dios vosotros tenéis otra idea de vuestra profesión. Si el Padre celestial, sin el cual, según el Evangelio, no cae un pájaro sobre la tierra, tiene contados hasta los pelos de nuestra cabeza (Mt. X, 29, 30), ¡con qué sabia y amorosa providencia dirigirá también los más insignificantes sucesos que se refieren al destino del hombre! Sin duda ninguna, Él,

El trabajo humano en el misterio de la Redención

«El trabajo humano y, en particular, el trabajo manual tienen en el Evangelio un significado especial. Junto con la humanidad del Hijo de Dios, el trabajo ha formado parte del misterio de la encarnación, y también ha sido redimido de modo particular. Gracias a su banco de trabajo sobre el que ejercía su profesión con Jesús, José acercó el trabajo humano al misterio de la Redención».

San JUAN PABLO II, exhortación *Redemptoris Custos* (1989)



quitados los casos extraordinarios, a nadie llama directamente para una determinada profesión. Pero en el juego de las circunstancias exteriores, independientes de la voluntad propia, el hombre tiene que reconocer el dedo de Dios que le indica en qué dirección ha de hacer su elección y en las aptitudes, en las inclinaciones naturales recibidas de Dios, que un examen serio hace descubrir en sí mismo, el joven prudente descubre igualmente otra señal de la voluntad divina para esta misma elección. Entonces está él seguro de que el camino elegido es el sendero de Dios y que le lleva a Dios. Entonces está seguro de que, como miembro del Cuerpo místico de Cristo por su filiación divina, puede realizar precisamente, mediante su actividad profesional, los más felices progresos en el trabajo de su perfección y de su santificación, semejante al siervo bueno y fiel que, interpretando la voluntad de su señor, le trae con los talentos que se le habían confiado, los frutos que ha sacado de ellos. Entonces está seguro de que siempre y en todas partes hace con su misma profesión una obra de Dios, obra que exige, cierto, constantemente y en el más alto grado, el sentido de

la responsabilidad, el cuidado de la preparación y del perfeccionamiento, pero que en compensación da la alegría del mismo trabajo, la alegría del éxito, la alegría del fruto en favor del prójimo y de la sociedad y, finalmente, también la tranquilidad de la conciencia y la paz del corazón en las inevitables desventuras y contrariedades, convencido como está de que nada es inútil cuando se ha hecho por Dios.

Permaneced, pues, íntimamente unidos en este espíritu, amados hijos, vosotros los que ejercitáis una misma profesión. Entonces también, en la diversidad de vuestros grupos profesionales, los más altos lo mismo que los más humildes; los trabajadores intelectuales lo mismo que los manuales, formaréis una amplia y sólida unidad, la unidad de la alabanza al Señor con la profesión y con el trabajo, la unidad de vuestra común semejanza personal que, según el testimonio de la Sagrada Escritura, trabaja siempre. Entonces se realizará en vosotros y en vuestras familias lo que la Iglesia pide: «*Splendor Domini Dei nostri super nos, et opera manuum nostrarum dirige super nos, et opus manuum nostrarum dirige*» (Ordinario del Oficio divino, *Ad Primam* (Salmo 89, 17).





99.149 y 2020, una cifra y un año para la ignominia

El Debate
de hoy

El año 2020 hemos estado muy atentos a las dolorosas noticias de fallecimientos... pero solo de algunos. **Luis Zayas** nos recuerda desde **El Debate de Hoy** que hay casi cien mil muertos sobre los que no se habla y que nuestra sociedad prefiere no ver:

«**99.149 muertos no son los muertos por o con Covid-19 durante la crisis sanitaria de 2020. Son los bebés a los que no se ha dejado nacer durante 2019.** Son las mujeres que han destrozado su vida en 2019 por culpa de leyes injustas que las abocan al aborto, a la soledad, al abandono, al implacable síndrome post-aborto. Bebés y mujeres de los que nadie se acordará, solo las infatigables organizaciones pro-vida.

Una cifra para la ignominia. **La cifra más alta desde 2013**, con un incremento respecto de 2018 del 3,37% (3.232 bebés más asesinados en el seno de sus madres que en 2018). En 2019 nacieron en España 360.617 niños, eso quiere decir que 1 de cada 5 embarazos (21,6%) acabó en un aborto.

[...] Una cifra para la ignominia que conocemos en un año para la ignominia, 2020. En 2020 se han cumplido 10 años desde que diputados del Partido Popular interpusieron un recurso de inconstitucionalidad por la ley del aborto de José Luis Rodríguez Zapatero. Se cumplen 10 años de silencio

cómplice, de silencio mortal (en ese periodo han sido abortados – asesinados– un millón de bebés), de silencio cobarde del Tribunal Constitucional.

En esta orgía de la muerte en que está inmersa España gracias a la acción de dos presidentes socialistas (González y Zapatero) y a la desidia dolosa y cómplice de dos presidentes populares (José María Aznar y Mariano Rajoy), en este año 2020, el tercer presidente socialista (Pedro Sánchez) promulga la mal llamada ley de la eutanasia. Una ley que no garantiza la buena muerte, sino que abre la veda contra la vida del sufriente, del doliente, del enfermo crónico, de la persona con discapacidad, en definitiva, del débil, del necesitado.

¡Que no haya vida en España que no esté amenazada por la cultura de la muerte!, este parece ser el propósito del Gobierno Sánchez-Iglesias, del «Gobierno de la muerte». A fe que lo están consiguiendo. Otro elemento que hace de 2020 un año para la ignominia».

Entender bien la distinción entre Dios y el César



Philippe Maxence, en el número 1725 de **L'Homme Nouveau**, de 19 de diciembre de 2020, publica un texto bajo el título «*Iglesia-Estado: los orígenes de una creciente desconsideración*» en el que parte de las trabas que el gobierno fran-

cés ha puesto al culto católico en el contexto de las restricciones por la Covid-19 para trazar un análisis histórico de las relaciones Iglesia-Estado en el que destacan algunos puntos que iluminan la cuestión. Escribe Maxence:

«En el Evangelio, Cristo nos invita a dar al César lo que es del César. Tanto san Pedro como san Pablo piden a los cristianos que sean sumisos a las autoridades legítimas mientras no exijan la adoración de ídolos. En varias ocasiones en la historia de la Cristiandad, papas y emperadores se han enfrentado, los primeros con el arma de la excomunión si era necesario, los segundos no evitando el recurso a argumentos más materiales.

Con el paso del tiempo, la doctrina relativa a los dos poderes se va afinando, teniendo en cuenta la evolución, a veces caótica, de las condiciones temporales. De la teoría de las dos espadas (siglo XIV) hasta la doctrina de Cristo Rey (1925), **permanece no obstante la misma exigencia por parte de la Iglesia a través de los siglos: la salvación de las almas depende también de las condiciones políticas y sociales y, en consecuencia, la Iglesia no puede ignorarlas.** La distinción entre los dos órdenes no es ni la separación ni la independencia absoluta. Porque si es necesario dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que le pertenece, César mismo pertenece a Dios.

La Revolución Francesa provoca en este orden teórico una profunda brecha. No sólo negó a Dios y a su Iglesia cualquier papel social, sino que también pretendió gobernar la vida de la Igle-

sia. Pero su *Constitución civil del clero* fue rechazada por la mayoría de los obispos (129 de los 133 que aún vivían), a veces al precio de la vida».

El Niño Jesús en el pesebre y las Vírgenes de yeso



A raíz de la publicación por parte de **Olivier Rey** del libro *Gloire et misère de l'image après Jésus-Christ*, que analiza el lugar que ocupa la imagen en nuestra civilización contemporánea, el autor ha concedido una entrevista en **Le Figaro** en la que incide en algunos aspectos de gran interés:

«Durante muchos siglos, la pastoral insistió sobre el hecho de que Cristo era verdaderamente Dios. Más tarde, cuando este punto parecía estar bien establecido, tuvo que recordar a los fieles que, en la persona de Cristo, Dios se hizo verdaderamente hombre. De ahí, entre otras cosas, **la multiplicación de los nacimientos, que vienen a subrayar el carácter carnal de Jesús, y la costumbre de mostrar al Niño desnudo en el pesebre.** Si no estuviéramos anestesiados por la costumbre, encontraríamos muy extrañas estas imágenes que nos muestran, en pleno invierno, a un recién nacido desnudo en la paja rodeado de adultos bien abrigados. Y además, en contradicción explícita con el Evangelio que dice de María: «dio a luz a su hijo primogénito; lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre» (Lucas 2, 7). A finales de la Edad Media, la desnudez del Niño, en las escenas de la Natividad o de la Adoración de los Reyes Magos, **se convirtió en parte integral de las repre-**

sentaciones para autentificar que Dios, en Jesús, no sólo tomó forma humana, sino que se hizo verdaderamente carne. Para mostrar a todos que Jesús era un “niño de verdad”.

[...] Auguste Renoir, a principios del siglo xx, explicó por qué su época era incapaz de producir un arte sacro convincente. Tal arte, según él, no puede ser obra de individuos aislados, sino que debe emanar de comunidades unidas por una tradición, un oficio compartido y la fe que lo anima. Sin este carácter colectivo, el tipo del artista se interpone entre el fiel y el arquetipo al que se dirige la oración en presencia de la imagen. **Así, delante de un santo pintado por Matisse, no vemos un santo, sino un Matisse. Por eso sigue siendo mejor, en una capilla, tener una banal estatua de yeso de la Virgen.»**

La Encarnación es el centro de la historia



Escribe **Joseph Pearce** en *The Imaginative Conservative* una reflexión teológica sobre la historia que no podía pasar desapercibida en una revista como **CRISTIANDAD**:

«Hay tres maneras de entender la historia y nuestro lugar en ella. Podemos creer que la historia progresa hacia una edad de oro futura, o que retrocede desde una edad de oro pasada, o que es un combate constante entre el bien y el mal, con independencia de cualquier edad de oro mítica. Podemos creer que las cosas están mejorando o empeorando progresivamente, o que siguen siendo esencialmente las mismas. Podemos llamar a estos tres puntos de vista optimismo

histórico, pesimismo histórico y realismo histórico.

La visión de G.K. Chesterton, al igual que la del presente autor, es que cada generación se enfrenta a la misma perenne lucha entre el bien y el mal, independientemente de las concepciones de “progreso”. Esta fue la tesis de *El hombre eterno* de Chesterton, obra escrita como réplica al optimismo histórico y al progresismo de la *Breve historia del Mundo* de H.G. Wells. Esencialmente, Chesterton sostenía que la Encarnación estaba en el centro de la historia y era también su fin. **Todo antes de Cristo apunta expectante hacia Él, y todo desde Cristo también apunta expectante hacia Él.** Todo en la historia apunta a Cristo porque Cristo mismo es el punto. **Todo termina con Cristo porque Cristo es el fin de la historia, en el sentido de que Él es su propósito, el fin hacia el que apunta la historia.**

Esta visión de la historia está enraizada en la comprensión del propio fin del hombre. **Si Cristo es el hombre eterno, nosotros también somos hombres eternos gracias a Él. Nuestro destino no es la inexistencia final en la tumba, sino una existencia eterna más allá de la tumba.** El nacimiento de Cristo es la muerte de la muerte. Ésta es la Buena Nueva del Evangelio que celebramos en Navidad.

[...] En cada generación, el *homo viator*, el hombre bueno que intenta ser santo, es atacado por el *homo superbus*, el hombre orgulloso y esclavizado por sus propios apetitos. El *homo superbus* suele ser más poderoso en un sentido mundano que el *homo viator*, y usa su poder para perseguirle. Por eso **los santos son siempre mártires; dan testimonio de la verdad en el territorio ocupado por el enemigo».**



La realeza de san José

RAÚL AHRENS

EL presente artículo es una reflexión teológica con la intención de ser fundamentada desde la razón y desde la fe. No pretende ser más que un corolario de toda la doctrina sobre san José y de la devoción de los fieles. Esta opinión consiste en considerar que san José es rey. Por diversas razones intentaremos mostrar algo que quizás para muchos fieles católicos es una cosa casi obvia, pero que, al menos de nuestra parte, nunca hemos vista explicitada.

Se deberá suponer como una verdad fundamental y transversal a estas reflexiones, en primer lugar, la absoluta primacía de la iniciativa divina sobre cualquier «mérito» por el que pudiera considerarse a la realidad humana como causa primera de la obra redentora. Y, en segundo lugar, la superioridad absoluta de la Virgen María sobre todas las cosas creadas, sin considerar la naturaleza humana de Nuestro Señor Jesucristo. Esta dignidad incomparable procede de la gracia de la maternidad divina, don exclusivo de María. Sin embargo, una superioridad absoluta no excluye una relativa, como en el caso de la familia de Nazaret, en la cual el último era el primero: el Niño Dios y su Madre estaban bajo su autoridad. En efecto, no solo según el orden natural es el varón la suprema autoridad en una familia, sino que incluso es doctrina revelada por san Pablo, tan despreciada hoy en día casi unánimemente: mujeres, sométanse a sus maridos. Considerando esto, daremos paso a nuestras reflexiones.

Es de fe que José es heredero del trono de David: «También José subió desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, llamada Belén, por ser él de la casa y familia de David» (Lc 2, 4). «José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu mujer...» (Mt 1, 20). Por tanto, por derecho de sucesión, san José es rey, heredero del trono de David, su padre. Ahora bien, es bien sabido a su vez, que este trono le pertenece por antonomasia a Jesucristo, hijo de David, en quien se cumple la pro-

mesa mesiánica por la cual Jesucristo se constituye en aquel rey cuyo reinado no tendrá fin: «Y cuando tu vida llegue a su fin... confirmaré después de ti a la descendencia que saldrá de tus entrañas y consolidaré el trono de su realeza para siempre. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo... tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante ti; tu trono estará firme eternamente» (2 Salm 7,12).

Por tanto, si la promesa hecha al rey David se cumple mediante una sucesión según el «orden humano», es necesario admitir que Cristo recibe esta realeza de san José. Es decir, la realeza davídica de Cristo procede, por derecho de sucesión, de un hombre que detenta legítimamente la realeza davídica, pues como nadie da lo que no tiene, si no fuese rey, no podría haber dado esta realeza a Jesucristo. En consecuencia, debemos afirmar que san José es rey y que es aquel por el cual Jesús recibe el trono de David.

Asumiendo la primacía de la gracia en la economía de la salvación, y asumiendo también que Dios asocia para sí en esta primacía el orden humano u orden natural, como causas segundas, parece conveniente considerar que la realeza mesiánica de Jesucristo procede, como de su causa, de san José, el hijo de David.

Esto está confirmado en la encíclica *Quas primas*, donde, después de considerar que Cristo es rey en

sentido metafórico, se afirma que también lo es propiamente: «Es evidente que también en sentido propio y estricto le pertenece a Jesucristo como hombre el título y la potestad de rey, pues solo en cuanto hombre se dice de Él que recibió del Padre la potestad, el honor y el reino» y, decimos nosotros, lo recibió mediante san José. No debe entenderse esto, evidentemente, como opuesto al fundamento «metafísico» por el cual Jesús, en cuanto hombre, es rey, a saber, la unión hipostática y el acto redentor; Cristo es rey por derecho de naturaleza y por derecho de conquista. Pero no debemos dejar de considerar con admiración que su carácter de rey es mediado verdaderamente y no metafóricamente por san José. Del mismo modo que Jesús se hizo hombre por el Espíritu Santo, pero mediante la Virgen María, así podríamos de-



cir también que es rey por su naturaleza divina, pero mediante san José. Dicho de otro modo (y con temor y temblor), san José causa en Jesús su realeza mesiánica.

San José, rey de la Sagrada Familia

EN otro orden de cosas, en otro aspecto de la economía de la salvación, podemos atribuirle a san José la realeza, en virtud de su lugar en la Sagrada Familia. En efecto, supuesto el verdadero y propio matrimonio entre José y María, parece seguirse como conveniente que san José reciba la dignidad de la realeza. En el orden político, cuando un varón contrae matrimonio con una reina, o al revés, éste queda constituido como rey. Y así como san José es padre de Jesús en razón de su matrimonio virginal y de su ascendencia davídica, así también se puede considerar rey, no solo por ser de la casa de David, sino por su matrimonio con María, Reina del universo. Siendo un matrimonio perfecto y por ser propio de esta institución la comunidad de bienes, es evidente que la dignidad real sobrenatural de María fue comunicada a san José. Por lo demás, parece convenientísimo que, por la misma dignidad incomparable de María, san José no solo se haya asemejado a ella en castidad, humildad, vida contemplativa, y demás atributos de los padres de Nuestro Señor, sino también en la realeza, no solo según el orden humano, que ya hemos visto, sino en el orden de la perfección sobreabundante de la gracia divina.

Pero, además, la Virgen es reina por ser Madre de Dios. Es por la realeza de Cristo, su hijo, por la cual se constituye como reina. Por tanto, en virtud de la verdadera, aunque análoga paternidad de José sobre Jesús, debería igualmente recibir la dignidad de la realeza. Sería poco adecuado que, en la Sagrada Familia, verdadera familia, fundada en un verdadero matrimonio, la Madre y el Hijo sean reyes y el padre, el jefe y gobernante de la misma familia, no sea rey.

Por lo demás, solo por el hecho de ser el padre en la Sagrada Familia, podría ser considerado rey, pues existe una estrechísima semejanza entre estas dos realidades. Efectivamente, rey es aquel que guía a una comunidad hacia su bien, con autoridad fundada en el amor de benevolencia. El padre también. Se diferencian en que el rey no engendra a la comunidad que está bajo su cuidado, y en el modo de ser de la sociedad. Por tanto, la función paterna de san José es más semejante aun a la de rey, pues no engendró a Jesús, pero cuidó con autoridad fundada en el amor, a la Sagrada Familia. Y si se objeta que la familia no es sociedad política, por no ser sociedad perfecta, podemos responder que, siendo san José patriarca de toda la Iglesia, debería ser considerado,

fundándonos en la semejanza entre la paternidad y la realeza, como rey de toda la Iglesia.

Rey de la Iglesia y, por tanto, de toda la creación

Es decir, si es patriarca de toda la Iglesia, también rey; si servidor y custodio de Jesús y María, y por tanto de la Iglesia entera, también rey; si esposo de María, Reina de todo lo creado, también san José; si varón a quien Jesús, Rey del universo, le estaba sometido, también rey. No es pensable que san José no tenga una función principalísima en la conducción de la Iglesia universal, de modo análogo a cómo la Virgen María lo hace. Porque fue él quien cuidó, protegió y condujo a la Sagrada Familia, raíz y germen de la Iglesia universal, frente a los más acérrimos enemigos de Dios, el tirano que no quería que Jesús reinara, que se oponía a su autoridad y que quería desterrar su presencia de entre los hombres. Son los mismos enemigos que acechan sobre todo hoy a la Iglesia. Y si fue él el que desde toda la eternidad había sido elegido por mandato divino para conducir viril y silenciosamente a la Iglesia naciente, es él también, por extensión, a quien compete de modo superlativo esta misión de defender y conducir viril, silenciosa y paternalmente a la Iglesia de Cristo. Y como es en razón de la Iglesia por la que fue hecha la creación, siendo san José Rey de la Iglesia en virtud de las razones recién expuestas, se sigue que lo sea también de la creación entera. Incluso, aunque en sentido relativo y no absoluto, Rey de María Santísima y del Verbo Encarnado.

Viviendo estos, los últimos tiempos, en los que primero se ha destruido a la mujer por la perniciosísima ideología del feminismo, y más recientemente se arremete con violencia satánica contra toda autoridad, especialmente la autoridad del padre; habiéndose, por tanto, destruido la familia, con todo lo que eso conlleva, necesitamos más que nunca volver nuestros ojos a la Sagrada Familia y meditar sobre todo su abismal misterio. Por un Padre y una Madre, cada uno de manera diferente y según su modo, vino la salvación a los hombres, en la humildad de los padres y del Niño Dios. Pero la segunda venida será gloriosa, no solo de parte de Jesús y de su Madre, sino también por parte de san José que, misteriosamente, ha ido creciendo en gloria. Desde un mero adorno en la Natividad, sobre todo en las representaciones artísticas, hasta ser proclamado Patrono de toda la Iglesia y protector del último concilio ecuménico celebrado. Quizás, cuando contemplemos toda la gloria que merece, conforme a lo establecido eternamente por Dios para nuestra salvación, podamos por fin alegrarnos de ver venir a Nuestro Jesús lleno de gloria y poder para establecer su reinado eterno que esperamos.



Pequeñas lecciones de historia

Prusia (I): la Orden Teutónica y Lutero

GERARDO MANRESA

Los prusios (en latín *pruteni*) eran una etnia báltica (indoeuropea), como los lituanos, estonios y letones, que dieron nombre a la región. Es importante no confundir a los prusios bálticos con los posteriores, prusianos alemanes. La zona poblada por los prusios se extendía, hacia el este y en dirección suroeste, más allá de los confines históricos del Sacro Romano Imperio.

La Orden Teutónica del Hospital de Santa María de Jerusalén fue creada por cruzados alemanes y seguía el modelo de la Orden del Temple y de la Orden de San Juan de Jerusalén. Fundada en San Juan de Acre (Palestina) el 19 de noviembre de 1190 durante la tercera cruzada tras la toma de Jerusalén por Saladino. Los caballeros de la Orden debían hacer votos de pobreza, castidad y obediencia. Originalmente fue solamente una organización hospitalaria que ayudaba a los peregrinos cristianos, principalmente alemanes y luego reorganizada como orden militar, a semejanza de los Caballeros Templarios. Obtuvo el reconocimiento oficial del papa Inocencio III en 1198. En Oriente, en 1220, los Caballeros Teutónicos establecieron su cuartel general en la fortaleza de Monfort en Palestina, que se convirtió en la sede de los grandes maestros en 1229. En 1271, los sarracenos consiguieron tomar la fortaleza a través de un túnel excavado en la roca. Los Caballeros Teutónicos se vieron obligados a refugiarse en San Juan de Acre.

Ante la presencia de otras órdenes, los templarios y los hospitalarios, los teutones, sin abandonar Tierra Santa, deciden dedicarse a la conversión de las zonas paganas de los confines europeos de la Cristiandad. La Orden Teutónica se trasladó a Venecia y a Transilvania en 1211, donde luchó para la conversión de los cumanos, hasta que en 1225 el rey Andrés II de Hungría expulsó la Orden de su país, pues quiso apoderarse del territorio y constituir un reino, colocándose bajo la protección de la soberanía papal y evitando la del rey de Hungría.

En 1221 el duque Conrado I de Mazovia, duque de Polonia, se enfrentó, en una cruzada, a las tribus prusias paganas. Tras el fracaso, el papa Honorio III pide al Gran Maestre de la Orden Teutónica, Hermann von Salza, que ayude a Conrado I en dicha cruzada. En 1226, después de la promulgación de la Bula de Oro de Rimini emitida por el emperador Federico II Hohenstaufen, el gran maestre de la Orden, Hermann von Salza, y el duque Conrado I de Mazovia dieron comienzo a las cruzadas bálticas, con intención de cristianizar los pueblos bálticos. La cruzada báltica fue una lucha muy encarnizada, que duraría quince años y que dejó amplios vacíos de población en el territorio conquistado. El problema de población se resolvió

parcialmente fomentando la inmigración de colonos germanos del Sacro Imperio Romano Germánico y de Mazovia. Este fue el inicio de la operación *Drang nach Ostern* (Marcha hacia el este).

Durante este período de asentamiento y reconstrucción, se fundaron ciudades de importancia como Königsberg y Posen. Asimilados por alemanes y polacos, estas etnias fueron desapareciendo lentamente durante los siglos XVII y XVIII, tan solo quedaron algunos restos en el norte de Polonia. Tras la cruzada, el Gran Maestre exigió que los terrenos conquistados a los prusianos quedasen en poder de la Orden.

En ese momento la Orden se estableció definitivamente en el extremo oriental del Sacro Romano Imperio, creando un Estado de la Orden Teutónica independiente, que con el tiempo se llamaría Prusia, conquistando también Livonia.

Los teutónicos se fusionarán con los Hermanos Livonios de la Espada que luchaban por la conversión de los estonios y letonios y sufrieron una grave derrota (Batalla de Sauler, 1236). Estas luchas de la Orden contra los paganos del este del Sacro Romano Imperio fueron mermando considerablemente la población de dichas zonas que tuvieron que volver a ser repobladas por alemanes y polacos (continuación de la operación *Drang nach Ostern*). El avance hacia el este se vio truncado por la derrota que sufrió la Orden ante los rusos en 1242.

Ello hizo que en la segunda mitad del siglo XIII y el XIV se estabilizara la Orden en una zona que, con el tiempo, tomará el nombre de Prusia. En el siglo XIV las posesiones bálticas de la Orden se transforman en un importantísimo granero del norte de Europa y empiezan a exportar productos por medio de la Liga Hanseática. El momento de máximo auge de la Orden tuvo lugar con el Gran Maestre Winrich de Kniprode entre 1351 y 1382.

En 1454 empieza la conocida *Guerra de los Trece años* entre Polonia y la Orden Teutónica. Derrotada la Orden, se hizo vasallo de los reyes polacos, perdiendo casi la mitad de su territorio, incluso el castillo de Marienburg, sede principal de la Orden. El Gran Maestre se instala en Königsberg. Así una parte de Prusia quedó en poder de Polonia, la Prusia real y parte en poder de la Orden, la llamada después Prusia ducal.

En 1525, el Gran Maestre Alberto de Brandeburgo-Ansbach fue a ver a Lutero, que le convenció para que abandonara los votos. Ansioso de poder, Alberto renunció a los votos, abandonó la fe católica y se hizo protestante. Se casó y se nombró duque de Prusia.

Así nació el primer estado protestante y se secularizó la Orden Teutónica.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Las mujeres también podrán ser instituidas como lectores y acólitos

MEDIANTE el *motu proprio Spiritus Domini*, publicado el pasado 10 de enero, el papa Francisco ha modificado el canon 230 § 1 del Código de Derecho Canónico, suprimiendo la restricción que existía al llamamiento para el ministerio estable de lector y acólito, hasta ahora sólo destinado a los varones.

En el mismo *motu proprio* y, de forma más extensa, en una carta al cardenal Ladaria, SI, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el Santo Padre explica los motivos de dicho cambio.

En primer lugar el Papa recuerda que los miembros del Pueblo de Dios, mediante los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, reciben del Espíritu Santo, en diverso grado y con diferentes expresiones, los dones que les permiten contribuir a la edificación de la Iglesia y al anuncio del Evangelio.

Estos dones, según la distinción que realiza san Pablo, pueden ser de dos tipos: carismas y servicios. Cuando los servicios u oficios eclesiales, que pueden ser de muchos tipos, se reconocen públicamente y se ponen a disposición de la comunidad y de su misión de forma estable se llaman ministerios. A su vez, estos ministerios pueden ser también de dos tipos: los ministerios «ordenados» (obispo, presbítero y diácono), que tiene su origen en un sacramento específico, el Orden Sagrado; y los ministerios «instituidos» (lector y acólito) que son confiados, por un acto litúrgico del obispo, a una persona que ha recibido el Bautismo y la Confirmación. A lo largo de la historia, a medida que las situaciones eclesiales, sociales y culturales han ido cambiando, el ejercicio de los ministerios en la Iglesia católica ha adoptado formas diferentes, permaneciendo siempre la distinción, no sólo de grado, entre ambos tipos de ministerio.

Durante siglos la «venerable tradición de la Iglesia» ha considerado las llamadas «órdenes menores» (lectorado y acolitado), y que hoy se denominan ministerios «instituidos» o «laicales», como etapas de un itinerario que debía conducir a las «órdenes mayores» (subdiaconado, diaconado, presbiterado). Como el sacramento de las órdenes estaba reservado sólo a los hombres, esto también se aplicaba a las órdenes menores.

Sin embargo, algunas asambleas del Sínodo de los Obispos han evidenciado la necesidad de pro-

fundizar doctrinalmente en el tema, para que responda a la naturaleza de dichos ministerios y a las necesidades de los tiempos, ofreciendo un apoyo oportuno al papel de la evangelización que atañe a la comunidad eclesial.

Aceptando estas recomendaciones, se ha llegado en los últimos años a una elaboración doctrinal que ha puesto de relieve cómo determinados ministerios instituidos por la Iglesia tienen como fundamento la condición común de ser bautizados y el sacerdocio real recibido en el sacramento del Bautismo; éstos son esencialmente distintos de los ministerios ordenados recibidos en el sacramento del Orden. En efecto, una práctica consolidada en la Iglesia latina ha confirmado también que estos ministerios laicos, al estar basados en el sacramento del Bautismo, pueden ser confiados a todos los fieles idóneos, sean de sexo masculino o femenino, y no tiene por qué estar reservados únicamente a los varones.

Si en lo que se refiere a los ministerios ordenados —afirma el papa Francisco— la Iglesia «no tiene en absoluto la facultad de conferir la ordenación sacerdotal a las mujeres», para los ministerios no ordenados es posible, y hoy parece oportuno, superar esta reserva. Esta reserva tenía sentido en un contexto particular, pero puede ser reconsiderada en nuevos contextos, teniendo siempre como criterio, sin embargo, la fidelidad al mandato de Cristo y la voluntad de vivir y proclamar el Evangelio transmitido por los apóstoles y confiado a la Iglesia para que sea religiosamente escuchado, santamente custodiado, fielmente anunciado. Además, recalca el Papa, la disolución de esa reserva podría favorecer una mayor manifestación de la dignidad bautismal común de los miembros del Pueblo de Dios —contribuyendo a una mejor configuración de estos ministerios y una referencia más precisa a la responsabilidad que nace, para cada cristiano, del Bautismo y de la Confirmación— y ayudar a la Iglesia a redescubrir el sentido de comunión que la caracteriza y a iniciar un renovado compromiso en la catequesis y en la celebración de la fe.

Por estos motivos, el Santo Padre ha considerado oportuno establecer que se puedan instituir como lectores o acólitos no sólo hombres, sino también mujeres, en los que, mediante el discernimiento de los pastores y después de una adecuada preparación, la Iglesia reconoce «la firme voluntad de servir fielmente a Dios y al pueblo cristiano», en virtud del sacramento del Bautismo y de la Confirmación.

Moralidad del uso de algunas vacunas contra la covid-19

EN relación a la nota publicada por la Congregación para la Doctrina de la Fe el 21 de diciembre de 2020 sobre la moralidad del uso de algunas vacunas contra la Covid-19, diferentes medios de comunicación han resumido erróneamente las indicaciones de esa Congregación con el titular de que «el Vaticano avala las vacunas que utilizan líneas celulares de fetos abortados».

Por un lado la nota únicamente se refiere al uso de dichas vacunas y no a su producción, en donde siempre es moralmente inaceptable el uso de líneas celulares desarrolladas a partir de células tomadas de fetos humanos abortados electivamente. En este sentido, el cardenal Ladaria, S.J., prefecto de la Congregación, señala que, «como se afirma en la instrucción *Dignitas Personae* (8 de septiembre de 2008), en los casos en los que se utilicen células de fetos abortados para crear líneas celulares para su uso en la investigación científica, «existen diferentes grados de responsabilidad» en la cooperación al mal», pero siempre estamos ante una acción mala.

Por otro lado y en lo que se refiere al uso de vacunas contra la Covid-19, los católicos deben exigir la administración de vacunas «éticamente irreprochables».

Sin embargo, «cuando no estén disponibles vacunas Covid-19 éticamente irreprochables (por ejemplo, en países en los que no se ponen a disposición de médicos y pacientes vacunas sin problemas éticos o en los que su distribución es más difícil debido a las condiciones especiales de almacenamiento y transporte, o cuando se distribuyen varios tipos de vacunas en el mismo país pero, por parte de las autoridades sanitarias, no se permite a los ciudadanos elegir la vacuna que se va a inocular) es moralmente aceptable utilizar las vacunas contra la Covid-19 que han utilizado líneas celulares de fetos abortados en su proceso de investigación y producción».

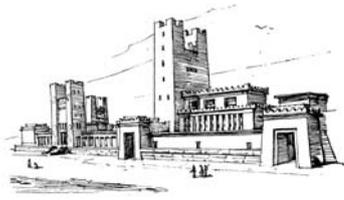
La razón fundamental para considerar moralmente lícito el uso de estas vacunas —continúa la nota mencionada— es que el tipo de cooperación al mal (cooperación material pasiva) por parte de quienes las utilizan es remota. El deber moral de evitar esa cooperación material pasiva no es vinculante si existe un peligro grave, como la propagación, por lo demás incontenible, de un agente patógeno grave: en este caso, la propagación pandémica del virus SARS-CoV-2 que causa la Covid-19. Por consiguiente, debe considerarse que, en este caso, pueden utilizarse todas las vacunas reconocidas como clínicamente seguras y eficaces con conciencia cierta que el recurso a tales vacunas no significa una cooperación formal con el aborto del que se obtuvieron las células con las

que las vacunas han sido producidas. Sin embargo, se debe subrayar que el uso moralmente lícito de este tipo de vacunas, debido a las condiciones especiales que lo posibilitan, no puede constituir en sí mismo una legitimación, ni siquiera indirecta, de la práctica del aborto, y presupone la oposición a esta práctica por parte de quienes recurren a estas vacunas. De hecho, el uso lícito de esas vacunas no implica ni debe implicar en modo alguno la aprobación moral del uso de líneas celulares procedentes de fetos abortados. Por lo tanto, concluye el cardenal Ladaria, S.J., se pide tanto a las empresas farmacéuticas como a los organismos sanitarios gubernamentales, que produzcan, aprueben, distribuyan y ofrezcan vacunas éticamente aceptables que no creen problemas de conciencia, ni al personal sanitario ni a los propios vacunados.

Finalmente hay que tener también en cuenta que, como señala la nota de la Congregación para la Doctrina de la Fe, por regla general la vacunación no es una obligación moral y que, por lo tanto, debe ser voluntaria. No obstante, la moralidad de la vacunación no sólo depende del deber de proteger la propia salud, sino también del deber de perseguir el bien común y la protección de los más débiles y expuestos puede hacer recomendable dicha vacunación, a falta de otros medios para detener o incluso prevenir la epidemia. «Sin embargo, —aclara el cardenal Ladaria, S.J.— quienes, por razones de conciencia, rechazan las vacunas producidas a partir de líneas celulares procedentes de fetos abortados, deben tomar las medidas, con otros medios profilácticos y con un comportamiento adecuado, para evitar que se conviertan en vehículos de transmisión del agente infeccioso. En particular, deben evitar cualquier riesgo para la salud de quienes no pueden ser vacunados por razones médicas o de otro tipo y que son los más vulnerables».

En relación a las vacunas distribuidas actualmente en España, desarrolladas por Pfizer y Moderna, el Charlotte Lozier Institute (CLI), entidad investigadora del grupo provida estadounidense Susan B. Anthony List, las ha catalogado como «éticamente indiscutibles» ya que han sido desarrolladas utilizando secuenciación genética en computadoras sin usar células fetales.

En cambio, el CLI ha identificado cinco programas de vacunación poco éticos por usar adenovirus modificados genéticamente fabricados a partir de líneas celulares procedentes de fetos abortados. Son los patrocinados por CanSino Biologics, Inc.-Institute of Biotech., Acad. Military Med. Sciences (China); Universidad de Oxford-Astrazeneca (Estados Unidos-Reino Unido); Janssen Res. & Devel., Inc.-Johnson y Johnson (Estados Unidos); Universidad de Pittsburgh (Estados Unidos) y Altimmune (Estados Unidos).



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Israel: tensiones en la Explanada del Templo y cambios demográficos

EL reconocimiento de Israel por parte de una serie de estados musulmanes (Emiratos Árabes Unidos, Bahrén, Sudán y Marruecos) bajo los auspicios de la administración Trump está causando complejas consecuencias en distintos ámbitos. También en lo que se refiere al control sobre la explanada de las mezquitas en Jerusalén, la explanada sobre la que se erigía el antiguo Templo de la Ciudad Santa. En la actualidad el control de la codiciada explanada corresponde al Waqf, una entidad árabe palestina que, aunque teóricamente supervisada por Jordania, goza de una gran autonomía y está en manos de algunas de las grandes familias árabes de Jerusalén.

De hecho, **la influencia jordana ha ido decreciendo en los últimos años a favor de Turquía, algo que Israel no ve con buenos ojos.** Para contrarrestar esta creciente influencia turca, Israel cuenta con dar un mayor protagonismo a los países del Golfo, en especial Emiratos Árabes y Arabia Saudí.

El acuerdo entre Emiratos Árabes e Israel contiene el siguiente redactado: *«Todos los musulmanes que vengan en paz pueden visitar y rezar en la mezquita de Al-Aqsa; los otros lugares sagrados de Jerusalén deben permanecer abiertos a los fieles pacíficos de todas las religiones.»* Este pasaje, aparentemente inocuo, supone un cambio tectónico sobre el *statu quo* en vigor hasta ahora sobre los Lugares Santos pues **no reconoce ninguna autoridad de la monarquía jordana sobre un lugar que se supone ha administrado desde 1948.** Además, **limita la zona de oración musulmana a la mezquita al-Aqsa, al sur de la explanada,** mientras que el Waqf defiende que toda la explanada, incluyendo los espacios al aire libre, es sagrada y, en consecuencia, judíos y cristianos tienen prohibido rezar allí. Esta nueva interpretación puede favorecer a los cada vez más numerosos judíos sionistas religiosos que se reúnen para rezar en silencio en la explanada. Por el momento, el Waqf ha reaccionado con sonoras protestas, mientras que por parte jordana, el reino hachemita, debilitado por una crisis económica crónica y hostigado por grupos islamistas, también se ha opuesto a esta interpretación en un intento por mantener su joya de la corona, la admi-

nistración del tercer lugar santo del islam. **El monte del Templo vuelve pues a ser el centro de las tensiones que sacuden Tierra Santa.**

Al mismo tiempo que asistimos a este renovado protagonismo del Monte santo, conocemos un dato de calado sobre la demografía de Israel: **en 2019, por primera vez desde la fundación del Estado de Israel, la población judía del país cayó por debajo del 74%,** según la Oficina Central de Estadísticas de Israel. Este dato se complementa con otro muy significativo: **el número de inmigrantes judíos que llegó a Israel alcanzó un mínimo histórico.** La combinación de una mayor natalidad entre los musulmanes que viven en Israel (con la excepción de los judíos ultraortodoxos) y el descenso del flujo de judíos que llegan a Israel va conformando una nueva realidad que, sin dudas, provocará también nuevas tensiones.

Hong Kong: 53 detenidos para escarmentar a millones

CONTINÚA imparable **la siempre creciente represión del régimen comunista chino,** que se intensifica en uno de los pocos reducidos donde aún se permitían ciertas libertades, Hong Kong. Lo llaman **«terror blanco»,** un período de **intimidación y persecución política** cuyo último desarrollo ha sido la detención de 53 activistas opositores a los designios del gobierno chino.

El motivo del arresto fue la acusación de «subversión», según la nueva Ley de Seguridad Nacional impuesta a Hong Kong por el régimen de Pekín. Son culpables de haber organizado las elecciones primarias de la Oposición Democrática el pasado mes de julio de cara a las próximas elecciones legislativas, que aún no se han celebrado, y en la que participaron 600.000 ciudadanos de Hong Kong. Una actividad perfectamente legal bajo la ley de Hong Kong, por lo que no se han presentado cargos formales contra ellos. Sin embargo, fueron detenidos en una operación espectacular en la que participaron más de mil agentes de la nueva policía de seguridad nacional creada tras la introducción de la nueva ley. La acusación de subversión tiene, pues, un significado puramente político e intimidatorio y **pretende advertir de que cualquier actividad po-**

lítica fuera de las permitidas por el Partido Comunista Chino no va a ser tolerada.

Se estrecha también el cerco sobre la Iglesia católica en Hong Kong. Hasta ahora, la antigua colonia británica era el único oasis de libertad religiosa de China. Ya durante las manifestaciones de 2019, las iglesias de Hong Kong dejaron de ser una zona libre y dentro de ellas también se detuvo a los activistas. **La nueva ley castiga ahora cualquier contacto con «fuerzas extranjeras»**, lo que podría interpretarse, si así lo desea el régimen chino, como incluyendo al Vaticano. No hace falta mucho, por lo tanto, para considerar las parroquias, escuelas y centros de estudio católicos como «subversivos» con el fin de intimidarlos y reprimirlos.

Caos en Estados Unidos mientras los demócratas acaparan todo el poder

LAS elecciones presidenciales estadounidenses han desembocado en un tremendo caos que ha concluido, cuando se escriben estas líneas, con el nunca visto **asalto de una turba al Capitolio en Washington y con un intento de reprobación («impeachment») del presidente Trump** que no busca tanto desalojarlo del poder (abandona la presidencia a favor del demócrata Joe Biden en pocos días) como inhabilitarlo y así impedir que pueda volver a intentar llegar a la Casa Blanca.

Para llegar hasta aquí hemos pasado unas semanas de graves acusaciones de fraude electoral masivo con un Trump intentando ganar las elecciones en los tribunales. Para ello Trump necesitaba unas pruebas muy difíciles de demostrar y el máximo de apoyos posibles. No consiguió ni lo uno ni lo otro. Si bien el apoyo popular ha sido sólido, han sido muchos en su propio partido, temerosos de una guerra institucional de consecuencias imprevisibles, y la casi totalidad de los medios de comunicación y los operadores de redes sociales los que le han dado la espalda (y se han permitido incluso silenciar unilateralmente y en una acción de dudosa legalidad, al supuestamente poderosísimo presidente de los Estados Unidos).

Pero Trump siguió adelante y finalmente convocó una manifestación masiva junto al Capitolio que acabó en una situación caótica en la que una muchedumbre que incluía numerosos personajes pin-

torescos asaltó el Capitolio, la sede del Congreso y el Senado, dejándonos imágenes impensables hasta ahora, **a medio camino entre el saqueo de Roma por los godos y una de esas películas de estudiantes norteamericanos gamberros** (y, por desgracia, cinco fallecidos). Estallaba así toda la tensión acumulada desde noviembre, un nuevo frente en estos **Estados Unidos completamente polarizados y en los que los estallidos de violencia son cada vez más recurrentes.**

En realidad, y a pesar de que el revés republicano en la repetición de las elecciones en Georgia da el control del Senado también a los demócratas, que consiguen tanto la presidencia como las dos cámaras del legislativo, los resultados del tres de noviembre habían traído elementos positivos para los republicanos: la *ola azul* demócrata se desvaneció, los resultados en el Congreso fueron buenos y Trump consiguió avances entre las minorías étnicas que apoyan mayoritariamente a los demócratas. **Se podía vislumbrar una amplia plataforma para un trumpismo sin Trump**, una coalición multirracial, trabajadora y religiosa que pudiera integrar las grandes intuiciones de Trump pero evitando el histrionismo del personaje, capaz de galvanizar a una amplia base, es cierto, pero también fuente de viscerales rechazos. Pero quizás eso, **un trumpismo sin Trump, era precisamente lo que Trump quería evitar**, convencido de que con su estrategia iba a ser capaz de dar forma a un movimiento de protesta que, si no le iba a poder mantener en la Casa Blanca, bien podría llevarle de regreso a ella en cuatro años. El «impeachment» de urgencia con que los demócratas han decidido despedirle intenta, precisamente, bloquear esa posibilidad.

Mientras se despeja el futuro de Trump, **los demócratas van a tener las manos libres para implantar su programa sin casi restricciones**, limitado únicamente por un Tribunal Supremo que prometieron ampliar para llenarlo de jueces favorables a las tesis demócratas. Un movimiento que muchos verían como la quiebra definitiva del *statu quo* institucional y cuyas consecuencias son imprevisibles. Biden va a tener en sus manos un inmenso poder, y por la misma razón, una inmensa responsabilidad. Una de las primeras pruebas de hasta dónde está dispuesto a llegar es **si intentará hacer realidad su promesa electoral de elevar el derecho al aborto a rango de ley.**





info@balmeslibreria.co
www.balmeslibreria.co
682 856 468
93 317 80 94

BALMES
LIBRERIA



- Servicio inmediato de venta on line.
- Recomendaciones a través de la web en las diferentes áreas.
- Libros de filosofía, teología, espiritualidad y humanidades.
- Servicio de suscripción a nuestra revista.
- Acceso a la hemeroteca de **CRISTIANDAD**.
- ¡Síguenos en Facebook y a través de nuestro canal de youtube!
- ¡Consulta nuestro blog!
- Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras.

	<p>¡Efectúa un pago anual de 23 euros y disfruta de todos los envíos gratis durante un año! Podrás contratar este servicio cuando estés completando tu pedido.</p>
--	--

CRISTIANDAD les recomienda este mes:

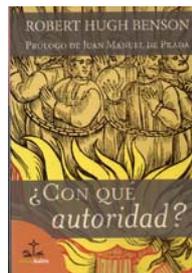


Manicomio de verdades

Autor: Bragué, Rémi
Editorial: Encuentro
192 páginas
Precio: 19,50 €

En este nuevo libro, el filósofo francés Rémi Brague señala cuál es el problema fundamental de la modernidad: ha dejado de considerar el mundo creado y la humanidad como intrínsecamente valiosos.

En vista de ello, el autor explora en *Manicomio de verdades* la idea de que la humanidad debe regresar a la Edad Media. No la Edad Media del presunto atraso y barbarie, sino una Edad Media que entendía la creación –incluidos los seres humanos– como el producto de un Dios inteligente y bondadoso. Los desarrollos positivos que se han producido dentro del proyecto moderno ya no se basan en un proyecto racional porque la existencia humana en sí ha dejado de ser el bien que alguna vez fue.



¿Con qué autoridad?

Autor: Benson, Robert Hugh
Editorial: Didaskalios
540 páginas
Precio: 30,00 euros

Dos familias muy diferentes, los Norris, de religión anglicana, y los Maxwell, de religión católica, son los protagonistas de esta novela en el contexto inglés de la reina Isabel I, cuando las persecuciones a los católicos se hicieron frecuentes. Eliza y Anthony Norris serán los dos hermanos que vivirán y se cuestionarán sobre su religión, su posición ante la política inglesa, su vida y sus amores, pues todo está en juego cuando se decide por la verdad.



La prensa se equivoca y otras obviedades

Autor: Chesterton, G. K.
Editorial: Encuentro
266 páginas
Precio: 22,00 €

La colaboración más longeva de Chesterton –de 1905 hasta su muerte en 1936– fue en el semanario gráfico *Illustrated London News*.

Este volumen, realizado en colaboración con el Club Chesterton de la Universidad San Pablo CEU, es el tercero de esta serie que pone a la disposición del lector, con el humor, la brevedad y la inteligencia chestertonianas, los artículos de un año donde el movimiento sufragista femenino, la relación del hombre con el lenguaje y sobre todo el comportamiento de la prensa, captan la atención del escritor para ofrecernos su ironía y sentido común en textos de una vigencia sorprendente.



Aprender a mirar para aprender a vivir

Autor: Arellano, Santiago
Editorial: Pequeño Monasterio
448 páginas
Precio: 19,50 €

Aprender a mirar para aprender a vivir contiene las memorias como profesor del autor. Pero no son unas memorias cualesquiera, no es un anecdotario. Arellano se muestra muy preocupado por cómo la sociedad actual y la formación escolar y académica han olvidado la educación en la belleza. El autor ha querido plasmar en sus memorias cómo la literatura se convirtió para él en un encuentro prodigioso con la belleza; encuentro que se esforzó en transmitir a sus alumnos, buscando siempre afanosamente hacerles crecer en el hallazgo de una belleza encerrada en el esplendor de una forma –en este caso, la palabra– que cobija una verdad.

«2021, Año de la familia»



A imitación de la Sagrada Familia, estamos llamados a redescubrir el valor educativo del núcleo familiar, que debe fundamentarse en el amor que siempre regenera las relaciones abriendo horizontes de esperanza. En la familia se podrá experimentar una comunión sincera cuando sea una casa de oración, cuando los afectos sean serios, profundos, puros, cuando el perdón prevalezca sobre las discordias, cuando la dureza cotidiana del vivir sea suavizada por la ternura mutua y por la serena adhesión a la voluntad de Dios.

De esta manera, la familia se abre a la alegría que Dios da a todos aquellos que saben dar con alegría. Al mismo tiempo, halla la energía espiritual para abrirse al exterior, a los demás, al servicio de sus hermanos, a la colaboración para la construcción de un mundo siempre nuevo y mejor; capaz, por tanto, de ser portadora de estímulos positivos; la familia evangeliza con el ejemplo de vida.

FRANCISCO, *Ángelus*,
27 de diciembre de 2020